

La Guerra de la Independencia: un balance en su Bicentenario

Emilio DE DIEGO
Universidad Complutense de Madrid

ata, citation and similar papers at core.ac.uk

brought to you

provided by Portal de Revistas Científicas

Fecha de recepción: 17 de septiembre de 2010

Fecha de aceptación: 16 de diciembre de 2010

RESUMEN

La evocación de la llamada Guerra de la Independencia, recogida en la historiografía publicada en los últimos años, se ha visto acrecentada extraordinariamente con motivo del Bicentenario de aquel conflicto. A través de las nuevas publicaciones, el conocimiento de factores poco tratados hasta ahora (logística, propaganda, financiación, ... etc.), ha recibido un notable impulso. Igualmente los trabajos sobre diversos aspectos culturales relacionados con la contienda, el papel de la guerrilla, las secuelas de la lucha, ... etc., aportan elementos significativos para la mejor comprensión del episodio que abrió las puertas de la España contemporánea. En esta tarea, a cuyo comentario dedicamos las siguientes páginas, destaca especialmente la labor llevada a cabo por la Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia (AEGI)

Palabras clave: España Contemporánea. Guerra de la Independencia, Bicentenario, historiografía, A.E.G.I.

ABSTRACT

The Bicentennial Celebration of the Peninsular War -the so-called 'War of Independence' in Spain, has increased extraordinarily the number of studies published by historians in recent years. Recent contributions have stressed the importance of certain issues which have not been thoroughly studied so far, such as logistics, propaganda, finance, the cultural aspects related to the conflict, the role of the guerrilla and the consequences of war. All of these aspects contribute significantly to a better knowledge of the event which led to modern Spain. In this task, which will be analysed in the following pages, the contribution of the *Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia* -the Spanish Society for the Study of the Peninsular War (AEGI) is especially emphasized.

Key Words: Modern Spain, Peninsular War, Bicentennial Celebration, Historiography, A.E.G.I.

A comienzos de 1810 culminaba lo que podríamos llamar el primer ciclo de la Guerra de la Independencia. En el terreno militar se había pasado de la fe en la victoria, entusiásticamente sentida en el verano de 1808, a un generalizado temor a la derrota. “*Comparad sin pasión los medios de resistencia que podéis oponer con los que tiene a su disposición el pacificador del continente*”¹, desafiaba la propaganda josefi-

¹ Ver *Gaceta de Madrid*, nº 7: (7-I-1810), pág. 31.

na, a la vez que acusaba a los líderes de la causa patriota de llevar a España a la catástrofe para satisfacer sus intereses personales. En el ámbito político, al hilo de los sucesivos descalabros de nuestros ejércitos y de la presión británica, se producía, por un lado, la inflexión definitiva en el camino para la institucionalización del modelo liberal y, por otro, hacia la desarticulación de la monarquía española allende el Atlántico. Parece pues el momento adecuado para hacer un primer balance de la historiografía más reciente producida, hasta este 2010, con motivo del Bicentenario de la invasión napoleónica.

Una evaluación que resultará obligadamente parcial, sobre todo desde el punto de vista cuantitativo, dado el gran volumen de libros y artículos aparecidos y para la que partimos de algunos trabajos interesantes, por ejemplo el de J. Maestrojuán “La Guerra de la Independencia: una revisión bibliográfica”²; asunto que, en fechas más próximas, ha abordado también el prof. Moreno Alonso con motivo de las últimas conmemoraciones³. Pero, aún con tales precedentes y a pesar de que nuestros planteamientos y objetivos sean distintos, hemos de asumir que se trata de un ejercicio arriesgado pues origina, de manera inevitable, los naturales descontentos, y subsiguientes críticas, de quienes, seguramente con razón, consideran capitales sus aportaciones al tema que nos ocupa y no aparecen aquí citados.

1. ALGUNOS PROTAGONISTAS

Empecemos, no obstante, por un reconocimiento merecido a quienes, en estos últimos años, han desarrollado el mayor esfuerzo en aras de posibilitar el avance de nuestro saber sobre la guerra de 1808 a 1814. Recordemos que hace un siglo, en 1908, con ocasión del primer centenario, en un ambiente político institucional relativamente favorable, (Gobierno largo de Maura con Rodríguez San Pedro en el Ministerio de Instrucción Pública), la reflexión historiográfica sobre la Guerra de la Independencia tuvo como protagonista destacado a D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo. El ilustre rondeño, secretario de la Real Academia de la Historia, no sólo fue el autor del mejor trabajo publicado sobre el Dos de Mayo, (tan mal copiado recientemente por algún novelista), sino que se convirtió en el “alma mater” de la mayoría de los actos conmemorativos de la epopeya de 1808; aunque no lograra culminar varias de sus iniciativas. Junto a su labor individual cabría destacar además, en el plano colectivo, el gran congreso celebrado entonces en Zaragoza.

Medio siglo después, al cumplirse el sesquicentenario, volvió a ser la capital aragonesa, como sabemos, el epicentro de otra magna asamblea académica, también en

² Ver MAESTROJUÁN, Javier: “La Guerra de la Independencia: una revisión bibliográfica”, en MIRANDA RUBIO, Francisco, *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*. Pamplona, Eunat, 2002, pp. 209-243.

³ Ver MORENO ALONSO, Manuel: “La Guerra de la Independencia: la bibliografía del centenario” en *Historia Social*, 64 (2009), pp. 139-162.

una coyuntura que buscaba ensalzar, en cierto sentido, las gestas de 1808⁴. Pues bien, en el bicentenario ese protagonismo nadie se lo puede arrebatar al Ministerio de Defensa y a la Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia (A.E.G.I.), en un contexto gubernamental escasamente entusiasta en su conjunto. El balance de las tareas desarrolladas por ésta última entidad, no deja lugar a dudas, ni admite comparación con lo realizado por ninguna otra persona o institución, y eso que, hay varios casos de organismos dependientes del citado Ministerio de Defensa, como su Dirección General de Relaciones Institucionales, el Instituto de Historia y Cultura Militar, la Academia de Artillería, ...etc., y de otros centros académicos, como el Instituto de España, las Universidades de Málaga, Zaragoza, Pública de Navarra, Complutense de Madrid, Jaén, Oviedo, Alicante, Castellón, Autónoma de Barcelona, ... etc., cuyo esfuerzo en este campo resulta también especialmente meritorio. Sin olvidarnos de diversas asociaciones, de trayectoria más o menos larga en el tiempo, animadas por la afición al estudio de la Guerra de la Independencia; de tal o cual episodio concreto dentro de la misma; de las gestas napoleónicas,... etc. Entre ellas ocuparía lugar destacado la Fundación Dos de Mayo. Nación y Libertad, con el prof. F. García de Cortázar al frente⁵.

Con todo y admitiendo la carga de subjetividad que se quiera, en la selección de actividades realizadas, creemos que tras el Congreso acerca del “Dos de Mayo y sus precedentes” (Madrid, 1992), cuyas actas podríamos considerar como el punto de partida de la “reciente publicística” acerca del inicio del periodo que nos ocupa, el siguiente hito vendría a ser el II Seminario Internacional sobre la Guerra de la Independencia (Madrid, 1995), convocado por la A.E.G.I. en colaboración con el Ministerio de Defensa. En este itinerario, camino del presente, tendríamos otras referencias inexcusables en el Congreso Internacional celebrado en Zaragoza, en 1997, coordinado por el prof. J. A. Armillas, bajo el epígrafe “La Guerra de la Independencia: estudios” y, ya más cerca, en el convocado en Pamplona, bajo la dirección del prof. F. Miranda Rubio, en torno a las “Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia”, reunido a principios de 2001. Un año después se cerraba este tramo con un cóncave bastante diferente, pero también de innegable interés, me refiero a las “I Jornadas sobre la Guerra de la Independencia en Málaga y su provincia”, desarrolladas en la capital malagueña merced al impulso de la prof.^a M. Reder⁶.

A estas alturas empezaba a divisarse el horizonte de 2008 lo suficientemente próximo como para emprender la travesía que, ya directamente y de forma ininterrumpida, nos llevaría al puerto del Bicentenario. La A.E.G.I. actuando conjuntamente

⁴ Sobre estas efemérides ver PEIRÓ MARTÍN, Ignacio: *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008): un estudio sobre las políticas del pasado*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.

⁵ Ver FUNDACIÓN DOS DE MAYO NACIÓN Y LIBERTAD. *Memoria 2008*.

⁶ Tanto los profesores Miranda Rubio, como Armillas Vicente y la prof.^a Reder Gadow llevaron a cabo otras muchas actividades, cuya relación superaría los límites de este trabajo. Pero, si mencionaremos, como ejemplo, debido al decisivo papel que ésta última desempeñó en su organización, el curso “La ocupación francesa de Ronda y su serranía”, celebrado en la capital serrana en 2003 con éxito extraordinario y que tuve el honor de dirigir.

te, en este caso, con el ya aludido Instituto de Historia y Cultura Militar, cuyos máximos responsables, los generales Zorzo y Espluga, apoyaron decididamente nuestras iniciativas, puso en marcha un conjunto de seminarios internacionales que comenzaron con el dedicado a los prolegómenos de la guerra, titulado “Los franceses en Madrid. 1808 Información, propaganda y comportamiento popular”, celebrado en 2003, en el entrañable caserón, sito en la calle Mártires de Alcalá, de la Villa y Corte, que acogía entonces al IHCM⁷. Desde esa fecha se fueron sucediendo con periodicidad anual, hasta 2007, otras reuniones de similares características, con los mismos gestores e idéntico escenario; aunque, como es lógico, con la intervención de los ponentes que se estimaron más adecuados para cada uno de los temas.

El seminario de 2004 estuvo dedicado al periodo “El Dos de Mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la Guerra peninsular y la intervención británica”; mientras que, en 2005, fue la oportunidad de repasar las “Respuestas ante una invasión”. Además, coincidiendo con el primero de estos dos años, la A.E.G.I. co-organizó, en Novi Ligure, el IV Convegno Internazionale di Spagna Contemporanea, con objeto de analizar la participación de “Gli italiani in Spagna nella guerra napoleónica (1807-1813). I fatti, i testimoni, l’eredità”, cuyos resultados se dieron a conocer dos años más tarde. Y en el ya aludido 2005 se celebró en Barcelona, con la colaboración en este caso de la A.E.G.I. y el Museu d’Historia de Catalunya, un Congreso Internacional de extraordinaria importancia, gracias al empeño del prof. A. Moliner Prada, para exponer la situación creada por la “Ocupació i resistència a la guerra del francès, 1808-1814”, cuyas actas se editaron en un magnífico volumen, que vio la luz en la Ciudad Condal, en 2007.

El tramo final del compromiso A.E.G.I.-IHCN discurrió en 2006 con un nuevo seminario internacional, cuarto de la serie, que versó sobre las “Repercusiones de la Guerra de la Independencia en América” y, finalmente, en 2007, el quinto y último para poner de manifiesto “La complejidad de la Guerra de la Independencia: panorámica general”. Todas las ponencias presentadas en cada uno de los cinco seminarios fueron publicadas en los correspondientes números monográficos y extraordinarios, de la *Revista de Historia Militar*, cuyos responsables encabezados por el general Espluga y el coronel Andújar, realizaron un espléndido trabajo, así como todo el personal del ICHM.

El mismo 2007 el prof. F. Miranda Rubio coordinó un interesante congreso “Guerra, sociedad y política 1808-1814”, cuyas actas, en dos volúmenes, magníficamente editadas en Pamplona, al año siguiente, son otra de las contribuciones destacadas a la historiografía de la que nos venimos ocupando.

Y llegó 2008. Había que culminar la tarea en este apartado y, a la vez, abrir la puerta a nuevos empeños. La A.E.G.I. promovió dos de los congresos internacionales

⁷ Ese mismo apoyo recibimos de quienes les sucedieron en el mando, el general Sánchez Noailles y el general Ripoll. Este último, durante su destino al frente de la Academia de Artillería de Segovia, organizó, en colaboración con la A.E.G.I., un importante ciclo de conferencias sobre el “Bicentenario del 2 de Mayo de 1808”, publicadas en Segovia en 2008.

del Bicentenario de mayor trascendencia de cuantos se celebraron en España⁸. Uno sobre “El comienzo de la Guerra de la Independencia”, celebrado en la Facultad de Geografía e Historia de la UCM que pudo realizarse, en gran medida, por la coordinación del prof. J. L. Martínez Sanz⁹. El otro, sobre “El nacimiento de la España contemporánea”, tuvo como sede el Instituto de España, la más elevada institución académica de nuestro país¹⁰.

Las actividades mencionadas no son más que una fracción de las llevadas a cabo por la A.E.G.I., gracias al trabajo de muchos, aparte de los ya citados, entre los cuales ocuparía lugar destacado el prof. E. Martínez Ruiz, también el teniente general Casinello, las profesoras Freire López, Laspra Rodríguez, promotora de múltiples eventos¹¹; el prof. Cantera; los investigadores C. Posac, A. Carrasco, P. Pérez Frías, el teniente coronel Guerrero y otros muchos, incluso algunos que ya no pertenecen a la Asociación.

Rendido este obligado tributo y solicitada la benevolencia de los involuntariamente olvidados, pasamos a ocuparnos de un capítulo básico, para entender mejor la producción historiográfica.

2. APORTACIONES SOBRE FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA CONTIENDA DE 1808-1814 EN LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XXI

Ya en las actas del Congreso coordinado por el prof. Miranda Rubio se recogía una de las más señaladas aportaciones a este tema capital de las *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*¹². Un catálogo imprescindible para el investigador en el cual se encuentran reseñados los contenidos de los principales archivos de nuestro país. Allí aparecen las referencias a los fondos más conocidos, como los del Archivo Histórico Nacional; los del Archivo General de Simancas, los

⁸ Sin desmerecer a ningún otro, entre los que se contaría el Seminario “Vivir en tiempos de guerra: gobierno, sociedad y cultura en la Península Ibérica”, organizado por el Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Geografía e Historia de la UCM.

⁹ Ver DIEGO GARCÍA, Emilio de (Dir.) y MARTÍNEZ SANZ, José Luis (Coord.): *El comienzo de la Guerra de la Independencia. Congreso Internacional del Bicentenario*. Madrid, Actas, 2009. Una actividad de esta envergadura, con más de una treintena de ponencias, y varias decenas de comunicaciones seleccionadas, fue posible por el patrocinio de Iberdrola S.A., gracias al prof. F. Bécker, a través del oportuno convenio institucional con la UCM, y a la Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad con el prof. F. García de Cortázar como responsable.

¹⁰ Ver DIEGO GARCÍA, Emilio de (Dir.): *El nacimiento de la España contemporánea. Congreso Internacional. Bicentenario de la Guerra de la Independencia*. Madrid, Actas, 2008. Resulta obligado agradecer, en primer lugar a ENDESA y a su entonces presidente D. M. Pizarro el patrocinio que permitió este magno encuentro. Pero, igualmente, debemos gratitud especial al comité organizador, encabezado por D. S. del Campo, Presidente del Instituto de España; y del que formaban parte D. G. Anes, Director de la Real Academia de la Historia (R.A.H.); D. M. Artola, académico de número de la R.A.H. y, particularmente, a D. J. Velarde, Vicepresidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

¹¹ No queremos dejar de mencionar sus diferentes iniciativas desarrolladas en Oviedo, en relación con la A.E.G.I. y la Fundación “Gustavo Bueno”.

¹² MIRANDA RUBIO, Francisco: *op cit*, pp. 209-243.

de los archivos del Ejército de Tierra; los del Congreso de los Diputados ... y, como no, los de los archivos religiosos que presentó el prof. G. Dufour, uno de los más notables hispanistas especializados en la Guerra de la Independencia¹³. Figuran además otros materiales (memorias, prensa, iconografía, pintura, ... etc.) de obligado estudio. Pero no sólo se trataba allí de fondos documentales españoles, pues recordemos que en dicha publicación se incluye también una interesante contribución sobre los archivos parisinos, realizada por el profesor J.R. Aymes, y varias más de distinta importancia, por diferentes motivos, sobre documentación en Italia y en Inglaterra¹⁴. Sin embargo, como es lógico, en una obra de este tipo, junto a las luces de los materiales mencionados se observan las inevitables sombras de algunas carencias. Entre éstas últimas la proyectada por el buen número de archivos españoles no incorporados y la de los extranjeros tampoco recogidos o apenas anunciados.

Así, por ejemplo, en el primer caso la acertada referencia al archivo del Congreso, recogida en las actas que venimos mencionando, nos remite a otra ausencia significativa, la que correspondería al archivo del Senado, aludido de pasada por la prof^a. Freire López en su ponencia sobre “Las grandes colecciones documentales de la Guerra de la Independencia”¹⁵. Ciertamente la documentación correspondiente a la colección “Gómez de Arteche” y otros papeles depositados en el palacio de la madrileña Plaza de la Marina española ofrecen un caudal informativo muy apreciable, que ha servido para la realización, al menos parcial, de diversos trabajos historiográficos en estos últimos años. Lo mismo que ocurriría con los fondos existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid, principalmente la colección “Gómez Imaz” o en la Real Academia de la Historia.

En todo caso, desde la recopilación mencionada, transcurrida casi una década, habría que añadir una breve reseña de lo avanzado en este campo. En primer lugar nos encontraríamos con el loable estudio de Pedro Pascual, secretario que fue de la AEGI, en el que exponía una extensa, si bien no acabada, recopilación de *La Guerra de la Independencia en los archivos españoles*¹⁶; la cual venía a completar, en buena medida, el mapa de los archivos históricos de nuestro país (municipales, diocesanos, catedralicios, etc.), ilustrado con la información correspondiente a alguna que otra biblioteca, y que, en conjunto, suponía una apreciable contribución. Más recientemente, al lado de algún otro aporte de la misma naturaleza, cabría mencionar el trabajo de M.^a D. Herrero y varios colaboradores acerca de los *Fondos documentales de la Guerra de la Independencia en la colección general de documentos y su apéndice. Colec-*

¹³ *Ibid.* Junto con los centros aludidos se incluyen noticias de los documentos de algunos archivos regionales y locales y otros materiales.

¹⁴ *Ibid.* En el caso de los fondos documentales ingleses su trascendencia está fuera de toda duda pero aquí, tanto A. LASPRA como C. SANTACARA se limitaban a anunciar trabajos que desarrollarían posteriormente.

¹⁵ FREIRE LÓPEZ, Ana M^a: “Las grandes colecciones...” en MIRANDA RUBIO, Francisco, *op cit*, pp. 167-181. También HERRERO GUTIÉRREZ, Rosario: *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia: Colección Gómez de Arteche*. Tesis doctoral. UCM, 1992.

¹⁶ PASCUAL, Pedro (Coord.): *La Guerra de la Independencia en los archivos españoles*. Madrid, Asociación para el estudio de la Guerra de Independencia. Instituto de Historia y Cultura Militar, 2003.

ción Cárdenas-Mexia del Archivo General Militar de Madrid, texto publicado en 2008. Aunque hablando de colecciones documentales, si bien no puede incluirse, obviamente, como novedad, resulta destacable la reedición de la obra de A. M^a Freire sobre la *Colección documental del Fraile*.

Pero hemos de mirar algo más que el extenso paisaje de nuestras potenciales centros de investigación, asomarnos al correspondiente panorama exterior y apreciar los últimos resultados, no sólo a la hora de su descripción, sino, principalmente, en lo tocante a su explotación. Estaríamos ante un saldo marcado por fuertes claroscuros, puesto que junto al acertado apunte sobre los archivos franceses, italianos e ingleses, ya señalado, se constata el vacío, casi total, existente en lo concerniente a los de otros países igualmente involucrados, de forma destacada, en la guerra peninsular. Tal sería el caso de Austria (incluidas algunas fuentes más propiamente húngaras)¹⁷, Rusia, Prusia, Sajonia, Portugal, etc. En efecto, los fondos de los archivos de Viena, relativos a la España de los años 1808-1814, apenas se han utilizado, aunque se han producido algunos intentos, en particular por la prof^a Reder Gadow. El acceso a los mismos no resulta excesivamente complicado pero, por unos u otros motivos, no se ha avanzado lo que sería deseable. Lo mismo podríamos decir de los documentos guardados en Berlín. En cuanto a los archivos de Moscú y San Petersburgo, ahora perfectamente accesibles, siguen siendo ignorados prácticamente por nuestros investigadores. En lo que afecta a los fondos portugueses, hispanos e hispano-portugueses recogidos en Portugal, en especial en Lisboa, la labor de los historiadores portugueses, principalmente en el marco de su Comisión de Historia Militar, ha servido para mejorar nuestro conocimiento de la guerra al Sur de los Pirineos¹⁸; pero no se ha hecho un esfuerzo comparable satisfactoriamente, sobre esos mismos fondos, por historiadores españoles.

He de confesar mi decepción en este campo puesto que han sido muchas las gestiones realizadas para acometer la investigación pertinente en todos esos archivos, pero, como decía, con escaso éxito. Sería este uno de los puntos en los que el balance del Bicentenario arroja, hasta ahora, un saldo más negativo. Sin embargo no todo han sido fracasos pues algo hemos conseguido. Tal vez el mayor avance, para el estudio de las fuentes documentales de más allá de nuestras fronteras, se ha producido en el caso del Reino Unido; fruto del correspondiente proyecto de investigación del Ministerio de Defensa y la A.E.G.I.¹⁹. En ese marco, y gracias al trabajo de la prof.^a Laspra

¹⁷ Ver SENSEY, Viktoria: "Fuentes húngaras sobre la Guerra de España (1808-1814)" en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.* (2009), pp. 69-89.

¹⁸ En la amplia relación de textos historiográficos publicados en Portugal sobre la Guerra Peninsular, en estos últimos años, destacan los trabajos de los profesores A. Pedro Vicente, A. Pires Ventura, G. Gândara Terenas, y otros investigadores como J. Lemos Pires. Desde el punto de vista institucional sobresale la tarea de la mencionada Comisión de Historia Militar y la de la *Academia Portuguesa da História*.

¹⁹ Convenio Colaboración DIGERIMS (Ministerio de Defensa)-AEGI suscrito en 2005 según la orden DEF/3015/2004 de 17 de septiembre B.O.E. 228, de 21 septiembre de 2004. Para la conclusión de este importante acuerdo hemos de destacar la intervención del entonces Director General de la DIGERIMS, D. Leopoldo Stampa Piñeiro. Al amparo de este convenio se desarrolló el correspondiente proyecto de investigación cuya dirección me fue encomendada. Entre sus frutos, además de los referidos sobre el antiguo Public Record Office, habría que contar además con el excelente trabajo realizado por L. Her-

Rodríguez, trasladamos a nuestro país la reproducción de los papeles sobre la Guerra de la Independencia existentes en The National Archives, en sus diversas secciones, especialmente la del War Office. Una copia de los mismos, en versión original, obra en poder del Ministerio de Defensa y otra en la Biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la U.C.M., a disposición de cualquier investigador interesado en la materia. Pero lo más importante es que posteriormente, la profª. Laspra ha traducido y publicado una parte de dichos fondos, bajo el título *La Guerra de la Independencia en los archivos británicos del War Office. Colección documental*. Madrid, 2010. Vol. I (1808-1809).

Igualmente supone una herramienta importante, un archivo en si misma, la base de datos elaborada por el coronel J.J. Sañudo, y editada por el Ministerio de Defensa, sobre las unidades militares que intervinieron en la contienda de 1808 a 1814. Mención especial merecen también, por su volumen e influencia, los fondos hemerográficos, panfletos, proclamas, ... etc. a los que el prof. Gil Novales ha consagrado múltiples trabajos. Habría otras referencias útiles en este apartado pero no podemos extendernos.

Tras este breve apunte, de carácter instrumental, que unido al punto inicialmente expuesto, forman un largo preámbulo. Vayamos a la cuestión principal que se nos ha encargado abordar, el análisis de la bibliografía del Bicentenario.

3. VIEJOS ENFOQUES Y NUEVAS APORTACIONES EN UN VOLUMINOSO CORPUS HISTORIOGRÁFICO

Deberíamos comenzar admitiendo que buena parte de los trabajos recientemente aparecidos siguen apegados a planteamientos eminentemente descriptivos. Así ocurre, en especial, con algunas historias militares y no pocos de los estudios locales que se han ido sucediendo en los últimos años. Además, las primeras mantienen esquemas tradicionales, atendiendo a un concepto reduccionista de lo militar, una especie de historia de batallas circunscrita a la dimensión y composición de las fuerzas enfrentadas, sus movimientos, la cronología y la ubicación geográfica..., concretadas en el momento del enfrentamiento, y el desenlace de la acción.

Mención especial merece la extensa nómina de "Memorias", debidas en su mayoría a los combatientes de varios países y de distinta graduación, que tomaron parte en la guerra de España, muchas de las cuales han sido reeditadas con ocasión del Bicentenario. Los testimonios en ellas recogidos favorecen la percepción, generalmente microcósmica pero apasionante, de lo sucedido.

Este tipo de enfoques conducen a lo que denominaríamos "visiones periféricas" sin embargo, manteniéndonos en la superficie de la historia. Frente a esa clase de trabajos, que en el mejor de los supuestos aumentan la información disponible, consideramos, en el apartado de nuevas aportaciones, el conjunto de libros, artículos, ponencias, comunicaciones, etc. que tienden a mejorar nuestra comprensión de aquella guerra. Por un lado incorporan nuevos temas, o profundizan sustancialmente en ellos,

nández Envid y A. Carrasco en cuanto a los papeles más importantes para el estudio de la Guerra de la Independencia existentes en el Archivo General de Simancas.

y, por otro, penetran en el significado de la información, trascendiendo los datos. Dentro de la historia militar se situarían en este capítulo, a modo de ejemplo, las páginas dedicadas a los seminarios A.E.G.I.-I.H.C.M., a los que ya nos hemos referido, (con varios trabajos del Teniente General Casinello y el asimismo número monográfico y extraordinario de la citada *Revista de Historia Militar, La Guerra de la Independencia. Una visión militar* (Madrid, 2009). En parte cabría aquí el libro magníficamente editado por el Ministerio de Defensa, pero bastante desigual en la calidad de sus contenidos dada su autoría colectiva y su carácter misceláneo, titulado *La Guerra de la Independencia (1808-1814). El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica* (Madrid, 2007).

3. 1. La revisión del fenómeno guerrillero

Capítulo descolante en este género, el de la historiografía militar, sería el dedicado a la guerra irregular. A través de la historiografía romántica, la figura del guerrillero trascendió el ámbito estrictamente histórico, para entrar en los dominios de la mitología popular. Además, las “memorias” de algunos de los que pelearon en España, durante aquellos años, fueron testimonio suficiente para proyectar, en toda Europa, el retrato tenebrista de un combatiente, que no daba ni recibía cuartel, y ocupaba un lugar predilecto en el imaginario colectivo. Guerrilla y guerrillero tomaron asiento en la leyenda de la mano de los historiadores, cuya teoría de la historia y cualidades narrativas, tendían a la exaltación de lo heroico, en el marco de lo “individual” y, en cierto sentido, “popular”. De este modo, la hipérbole y la simplificación fueron embotornando los perfiles de un fenómeno militar, cuyo sustrato sociológico, de mentalidad, económico y aún político, quedó aureolado con rasgos que, no siempre, se ajustaban a la realidad.

La guerrilla y sus protagonistas han venido siendo objeto de una profunda “revisión” historiográfica en los últimos años. A medida que avanza la investigación aparece un mundo cada vez más heterogéneo, signado por la complejidad en todos los órdenes. Además la guerrilla fue un fenómeno perturbador en todas sus vertientes, capaz de incomodar no sólo al enemigo, sino también al bando propio. Al lado de los múltiples resultados positivos, para la causa patriota, producidos por la actividad guerrillera, conviene no olvidar otros aspectos menos favorables dentro de su actuación. Los grupos guerrilleros fueron preocupación constante no sólo de las autoridades francesas sino también de las españolas.

En la aproximación a este tema marcó un punto de atención el texto de A. Casinello, *Operaciones de guerrillas y contraguerrillas* (Madrid, 1996). Hace una década se publicó otro trabajo de cierto interés el de J. Sánchez Fernández, *¡Nos invaden! Guerrilla y represión en Valladolid durante la Guerra de la Independencia española 1808-1814* (Valladolid, 2000). En el prólogo, el prof. Almuiña llamaba a superar la visión “casticista” de guerrilla y guerrilleros, a la que nos hemos referido. Objetivo que otros más ya veníamos señalando. En ese empeño se encuentra también el texto de A. Moliner, *La guerrilla en la Guerra de la Independencia* (Madrid, 2004). Gra-

cias a las publicaciones recientes el avance en cuanto a la desmitificación de la guerrilla, que no al desmerecimiento de su papel, ha sido notable²⁰.

Igualmente se ha atendido al estudio de la guerrilla desde el prisma de los más destacados jefes de partidas. Junto a trabajos biográficos, como el del mismo Casinello sobre *Juan Martín “El Empecinado” o el amor a la libertad* (Madrid, 1995), nos parece relevante el escrito por J. Pardo de Santayana, *Francisco de Longa: de guerrillero a general de la Guerra de la Independencia* (Madrid, 2007).

Por último entre las obras más recientes, cabría citar, por su interés, “La relación del ejército con la guerrilla en la Guerra de la Independencia”²¹ o “La guerrilla en la Guerra de la Independencia”²², asimismo de J. Pardo de Santayana y, especialmente, la tesis doctoral defendida por A. Carrasco en la UCM, en 2009, “Insurgencia y contrainsurgencia en España 1808-1814”.

Pero, al margen de este aspecto, las lecturas innovadoras se han ido aplicando a otros muchos apartados de la historia militar. Veamos:

3.2. Los actores de la guerra: *Primus vivere ...*

Con harta frecuencia nos habíamos alejado de la verdadera dimensión humana de los protagonistas de la guerra, de eso que llamaríamos “la realidad”, para reducirlos a entes abstractos, apenas una cifra en la mayoría de los casos, o convertirlos en “personajes heroicos o heroizados”, igualmente al margen de sus circunstancias vitales. No podemos olvidar, sin embargo, que antes que números o héroes individualizados, aquellos hombres debían comer, beber, protegerse del frío o del calor, calzarse, etc; ser armados, instruidos, organizados, mandados, curados, en caso necesario, y de todo ello dependía, en principio, su capacidad para combatir. Dificilmente podemos entender el desarrollo y el desenlace de ninguna guerra sin conocer tales factores.

3.2.1. ¿Comer o no comer? *Grave cuestión*

La mayor atención prestada a la logística, principalmente al abastecimiento de alimentos, ha significado un paso notable en la comprensión de la guerra. Hasta ahora habían aparecido referencias ocasionales a las dificultades derivadas de este problema, pero sin efectuar la menor “medición” de las mismas, ni siquiera aproximativa. No sólo el despliegue y operatividad de los respectivos ejércitos, hasta el momento poco analizado en función de este factor, sino las relaciones entre los militares, de

²⁰ Dentro de la línea de análisis del fenómeno guerrillero, en su auténtica realidad, se produjo en Madrid, auspiciado por el I.H.C.M. y la A.E.G.I., un seminario monográfico en el cual participaron algunos especialistas en este tema, entre otros, A. Casinello, A. Moliner Prada, F. Miranda, J. Pardo de Santayana, J.J. Sañudo, ... etc.

²¹ Ver PARDO DE SANTAYANA, José María: “La relación del ejército con la guerrilla en la Guerra de la Independencia” en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, *Respuestas a una invasión* (2006), pp. 119-135.

²² PARDO DE SANTAYANA, José María: “La guerrilla en la Guerra de la Independencia” en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, *La Guerra de la Independencia. Una visión militar*, (2008), pp. 319-357.

cualquier bando, regulares e irregulares, y la población civil, incluso el extraordinario grado de crueldad que la contienda llegó a alcanzar, tienen una lectura bastante ilustrativa desde esta óptica.

eEn 1794, Larruga nos pintaba un cuadro que, con escasas variaciones, se mantenía en 1808²³. Un panorama confirmado por el *Censo de Frutos y Manufacturas de España e Islas Ayacentes (sic) en 1799*. Algunos datos más nos podrán servir de índice. El valor de la producción de trigo, cifrada en 33 millones de fanegas, o sea unos 14'5 millones de Qm., oscilaba alrededor de los 1.452 millones de reales/año, (un 28 por 100 del PNB). Entre otras cosas podía significar que, deducido el grano para siembra y algunos tributos, la media de trigo disponible por habitante y año apenas superaba los 100 kg. Esto equivaldría aproximadamente al 40 por 100 del consumo de un varón adulto que, en teoría, rondaba los 250 kg. anuales, ya que el pan constituía la base de su sustento. En algunas regiones, en especial de la España húmeda, (Galicia, Asturias, ... etc.), atendieron a esta demanda con otros cereales panificables como el centeno o el maíz, e incluso otras zonas costeras (Cataluña, Valencia, Murcia, Baleares, la misma Asturias, ... etc.) importaron notables cantidades de trigo. Pero aún cuando la media por habitante, incluidas las mujeres, niños y ancianos, cuyo consumo era lógicamente menor, descendiera incluso a menos de la mitad de la tasa indicada, la situación normal no permitía disponer de excedentes de este cereal.

En este panorama de relativa escasez, en tiempos normales, la guerra introdujo una serie de factores de gran impacto negativo sobre la producción; por ejemplo, la disminución de la mano de obra utilizable y de la fuerza de trabajo animal (caballos, bueyes y vacas, especialmente); la falta de semillas en algunos casos; la destrucción de una parte de lo sembrado y con ello la inseguridad de que los productos pudieran llegar a recolectarse, etc. Una R. O. del ministerio del Interior josefino, de 23 de octubre de 1809, indicaba a los párrocos que debían despertar la confianza de sus feligreses para que sembraran las tierras. Los problemas de comercialización (peligro en los transportes); las requisas y todo tipo de exacciones y, en el mejor de los casos, la proliferación de medios de pago, sin valor efectivo, influían también en la caída de la oferta. En circunstancias extremas y en determinados momentos, la táctica de "tierra quemada", para obligar al enemigo a retirarse, acabaría completando tan desastroso cuadro.

En cuanto a la ganadería su situación antes de la guerra ya era peor que la de la agricultura y mayores las dificultades para conseguir carne, tocino y otros alimentos. La cabaña ganadera española apenas contaba con algo más de 1.000.000 de cabezas de ganado vacuno, muchas de las cuales se dedicaban simultáneamente a la producción y al trabajo, y cerca de 12.000.000 de ovejas, aparte de cerdos y aves de corral. Las cifras de aquella ganadería eran reducidas no sólo en el sector vacuno, sino también en cuanto al ganado caballar; tal vez porque el género de animales dedicados a las tareas agrícolas era, sobre todo, el mular. Pero, en conjunto, apenas existían sufi-

²³ LARRUGA, Eugenio: *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*. Madrid, 1794.

cientes caballerías para cubrir las necesidades de las tareas agrícolas y de las exigencias del transporte.

Iniciada la guerra muchos de los animales fueron sacrificados, en pocos meses, para el abastecimiento de los Ejércitos en liza; en tanto que caballos, yeguas, mulos y mulas serían requisados para diversos servicios en relación con la actividad militar. Las posibilidades de obtener carne, huevos, tocino, ... etc. disminuyeron rápidamente, al igual que ocurría con otros productos, como el cuero, la lana, etc.²⁴

A la par que se contraía la oferta de alimentos, aumentaba llamativamente la demanda para atender a las necesidades de las fuerzas combatientes. En tales circunstancias, la supervivencia diaria de los militares y del conjunto de la población se convirtió en un desafío difícil de superar. Ningún otro aspecto influyó en la guerra de manera tan determinante. Hambre, miseria, odio, crueldades añadidas a las propias acciones militares, conflictos secundarios de todo tipo. Las relaciones con la gente que habitaba los pueblos y ciudades sujetos a la ocupación militar estuvieron condicionadas, casi siempre, por la mayor o menor gravedad de las exacciones a las que aquella se veía sometida por las tropas.

En el artº 3 de la convención anexa al Tratado de Fontainebleau se establecía que

Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España y sus sueldos pagados por la Francia durante todo el tiempo de su tránsito por España.

Pero Carlos IV no podría hacer frente a su compromiso, con un Tesoro vacío. Por otra parte, su reinado acabó a poco de la invasión. Los campesinos españoles de las provincias ocupadas se vieron pronto obligados a entregar sus cosechas a los franceses, muchas veces sin recibir a cambio más que algún título de deuda, que casi nunca cobrarían. La violencia ejercida por las tropas de Junot, en su avance sobre Portugal, había causado ya los primeros incidentes graves. Marbot dice en sus *Memorias* que, entre Salamanca y la frontera portuguesa, los paisanos dieron muerte a 150 soldados. La tensión iría en aumento, especialmente, en las zonas situadas entre la frontera y Madrid. Murat, aconsejado por el propio Napoleón, dio un decreto, el 16 de marzo de 1808, asegurando que pagaría todos los suministros que se entregaran a las tropas francesas. Pero no sería así.

La situación pronto se hizo muy difícil. En julio de 1808, por ejemplo, los hombres de Bessiers estuvieron dos semanas sin recibir ni una sola ración. Las tropas de José I, tras su retirada al otro lado del Ebro, carecían de toda clase de abastecimientos, ya en el otoño de 1808. El Ejército de Soult, a su entrada en Galicia, se alimentaba, en gran medida, de las legumbres que robaba y de alguna patata que desenterraban los soldados... y así podríamos seguir hasta casi el infinito. Son igualmente numerosos

²⁴ Ver, entre otros, TEJEIRO DE LA ROSA, Juan Miguel: "Suministros y exacciones en la Guerra de la Independencia. Su peso sobre los pueblos y los campesinos", en *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, *La Guerra de la Independencia. Una visión militar*, (2008), pp. 377-417.

los testimonios acerca de unidades que hubieron de mantenerse a base de bellotas, y otros frutos poco apreciados²⁵.

3.2.2. *Hambre obligatoria*

En los meses precedentes a la insurrección patriótica entraron en España unos 117.000 soldados franceses, de los cuales 24.000 aproximadamente pasaron a Portugal, al cabo de unas semanas. A principios de noviembre de 1808 la cifra se elevaba a cerca de 300.000; en enero de 1810 se había incrementado hasta 324.000 y en junio de 1811 llegaba a una de sus cotas más altas, cerca de 354.000. Aún cuando el número de tropas napoleónicas descendiera en 1809 y en 1812 y 1813, podríamos señalar que se mantuvo próximo a los 200.000 en los momentos de menor presencia.

Un Ejército de 300.000 individuos, sobre la base de la dieta diaria que hemos indicado y con el pan como fundamento, necesitaba cerca de 2.000.000 de fanegas de trigo al año; o alrededor de 1.350.000 si el número de fuerzas se reducía a 200.000 hombres. Recordemos que los excedentes de ambas Castillas, León y Extremadura, en 1799, apenas superaba las 800.000 fanegas.

A medida que fueron transcurriendo los años, el descenso de la producción hizo que resultara imposible conseguir el trigo preciso para mantener a las tropas imperiales en unos niveles de consumo normal. Muy pronto hubo que poner a los hombres, casi de continuo, “a media ración”, en el mejor de los casos, y a base de galleta, (una especie de pan duro). Por lo que hace a las legumbres, el arroz o los productos animales, la dinámica señalada en la relación oferta/demanda, dibujaría una trayectoria similar a la de lo sucedido con el trigo.

La cuestión, por lo que concierne a las tropas napoleónicas, en Portugal alcanzó cotas especialmente graves. Así por ejemplo, cuando se produjo la retirada de Soult de Oporto en mayo de 1809, o la de Massena, en marzo de 1811, las regiones por las que atravesaba una vez más el ejército francés se hallaban exhaustas. Peor aún fue la situación del Ejército de Portugal, a las órdenes de Marmont, en marzo de 1812; el hambre causó estragos entre sus hombres y la muerte de muchos caballos. Las terribles coacciones y todo género de violencias puestas en práctica por las tropas imperiales sirvieron de poco, salvo para llevar al paroxismo el odio que despertaban. Pero no era sólo Marmont; por entonces Cafarelli apenas podía sostenerse en Navarra, porque ya el Ejército del Norte había devastado completamente el país y no había nada que comer. Dorsenne no corría mejor suerte y José I no podía asegurar el abastecimiento de Madrid.

A la presión que suponían los soldados franceses sobre los limitados recursos existentes, habría que añadir la que venía de los aproximadamente 150.000 hombres de los Ejércitos españoles y de los 30.000 a 50.000 guerrilleros. Esto significaba el consumo de más de otro millón de fanegas de trigo y una cifra proporcional de los demás alimentos. Finalmente, durante algunos meses, en particular de 1809 y 1812/1813, también se debió hacer frente a la demanda generada por unos 50.000 hombres (britá-

²⁵ Ver DIEGO GARCÍA, Emilio de: “El problema de los abastecimientos durante la guerra: la alimentación de los combatientes”, en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.* (2009) pp. 292-315.

nicos y portugueses) del Ejército aliado. Si bien, por otro lado, los ingleses contribuyeron también al abastecimiento de tropas españolas, en diferentes lugares a lo largo de la guerra. Las memorias de Pierre le Noble, intendente militar a las órdenes del mariscal Soult, o las de A.C.F. Schauman, comisario de la Legión Alemana del Rey, integrada en el ejército británico, serían un buen espejo para reflejar las vicisitudes por las que atravesaron unos y otros.

En el caso español oleadas de soldados dispersos y desertores inundaba con harta frecuencia muchos pueblos, contribuyendo al desorden. Una realidad denunciada por varios jefes, ya en 1809, y que se repetiría a lo largo de toda la guerra. Los testimonios serían interminables. Sólo tres ejemplos entre miles. En 1810, el duque de Alburquerque se quejaba de la falta de atención de la Junta para con su división que se veía forzada a sobrevivir sin los recursos más elementales. En el otoño de 1812, la mayoría de las tropas españolas hacía meses y, en no pocos casos, hasta años, que no cobraban. Mal vestidos, descalzos, hambrientos, el ánimo de nuestros soldados oscilaba entre el sentimiento de protesta y el de patriotismo. En marzo de 1813, Wellington señalaba que no había ni un solo almacén de víveres en España con recursos para un día de marcha del Ejército. De los 160.000 hombres en filas, en aquellos momentos, apenas la tercera parte se hallaba en situación de combatir.

En cuanto a los portugueses y, sobre todo, a los británicos las cosas rodaron, por lo general, notablemente mejor. Abastecidos desde las Islas, los hombres de Wellington “disfrutaron”, casi siempre, de una situación que ya hubieran querido para sí franceses y españoles. Además el aprovisionamiento sobre el terreno, de aquellos productos que no llegaban a través del mar, lo hacían pagando a los proveedores, con cierta regularidad, lo cual facilitaba la adquisición, en especial, de alimentos frescos. La cuestión se complicaba a la hora de desarrollar sus ofensivas en tierras españolas; la posibilidad de asegurarse aunque sólo fuera la comida se convertía en una pesadilla. Lo peor llegaba en los momentos de la retirada hacia las bases portuguesas, después de haber permanecido algún tiempo en tierras de España.

3.2.3. *Vestido y calzado*

Sin embargo, siempre a la luz de las últimas publicaciones, podemos apreciar que el problema no se reducía sólo a la comida, abarcaba también al aprovisionamiento de vestuario y calzado, lo cual resultaba toda una odisea. En ambos casos el Ejército francés situó depósitos en los puntos clave del eje Bayona-Madrid. Ropa y botas llegaron principalmente de Francia, pero en cantidades insuficientes. Los soldados que venían desde la frontera del Oder debían recibir hasta seis pares de ellas para trasladarse a España. Una vez en nuestro país no era sencillo reponer el equipo con regularidad y las carencias tanto de uniformes, como de mantas y calzado, estaban a la orden del día. Ni que decir tiene que en las campañas en tierras portuguesas, lejos de cualquier abastecimiento normal, las condiciones empeoraban sensiblemente. Los soldados napoleónicos, aparte del hambre, hubieron de andar prácticamente descalzos y pasar frío y toda clase de miserias en innumerables ocasiones.

Más dura fue aún la suerte de las tropas españolas. Nuestros Ejércitos, organizados sobre la marcha y con absoluta falta de medios, carecieron prácticamente de todo.

Uniformes y calzado llegaron, en parte, de Inglaterra y, en otros casos, se confeccionaron aquí, pero nunca en número bastante para cubrir las necesidades de nuestros soldados. Las condiciones a las que, con frecuencia, se vieron reducidos fueron realmente deplorables.

3.2.4. *Por si fuera poco...*

En 1808, como ha puesto de relieve, entre otros, A. Casinello²⁶ no había en España un cuerpo de Intendencia Militar que se encargara, específicamente, del mantenimiento del Ejército. Esa tarea correspondería a la Administración de Hacienda que, a través de un Intendente, se ocupaba de tales menesteres. No figuraba, por tanto, en la dotación de la Secretaría de Estado y Despacho de la Guerra la correspondiente partida presupuestaria y los militares se encargaban únicamente de asuntos específicos de la lucha armada. El personal de Hacienda, en colaboración con las autoridades civiles, trataba de adquirir los productos necesarios, a través de la compra directa a los proveedores. No existían almacenes donde procurarse los alimentos asegurándose frente a inconvenientes imprevisibles.

Durante las épocas de paz este sistema podría funcionar con más o menos regularidad, pero en un contexto de guerra, con los Ejércitos en marcha a través de territorios no siempre capaces de ofrecer los productos necesarios, los problemas estaban a la orden del día y no digamos nada de las necesidades de vestuario y calzado. Añádase a ello que el pago, la más de las veces, a lo largo del periodo 1808-1814, se hizo en papel difícilmente convertible en dinero.

La voz autorizada de Canga Argüelles nos describe, de forma elocuente, la situación:

Las quejas de los pueblos, tan repetidas como justas, por desgracia, por las vexaciones (sic) que les ocasiona la manutención de las tropas, la penuria que éstas padecen y la mezquina subsistencia que les proporciona el sistema hasta aquí adoptado para proporcionárselas penden de la falta de concierto en la parte económica de la guerra...²⁷.

Era preciso organizar un plan de suministros bajo reglas uniformes. Habría que evitar, además, las demandas excesivas y el desorden en el proceder de los agentes militares y administrativos del Ejército.

A la insoportable presión a que se veían sometidos los campesinos, había que añadir la desigualdad con la que sufrían tales cargas las diferentes provincias. La cuestión pues era tratar de hacer más livianas las exacciones y aplicarlas con mayor equidad.

Pues que todas las clases del Estado hacen multiplicados sacrificios de sus intereses para corresponder a las necesidades de la Patria, el Ejército debe también ajustar sus gas-

²⁶ Ver CASINELLO, Andrés: "El Ejército español ante la invasión napoleónica. Capacidades y deficiencias" en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.* (2008), pp. 243-273.

²⁷ CANGA ARGÜELLES, José: *Memoria presentada a las Cortes Generales y Extraordinarias por D. ...* Cádiz, 1811; y TEIJEIRO DE LA ROSA, Juan Miguel, *op. cit.*

tos a lo necesario. Así —continuaba Canga— deberán limitarse las raciones de campaña (...) y cualquier exceso constituiría un insulto a la nación²⁸.

El mismo autor expresaba aun mayor preocupación por la desorganización en la gestión de los recursos que por la escasez de los mismos. Recomendaba la implantación de un servicio de Intendencia, a cuyo frente debía hallarse un Intendente General, auxiliado por tres comisarios ordenadores, al cual estaría sometido el intendente de cada Ejército (hasta siete, en 1811), y sus subalternos. El primero de los comisarios tendría a su cuidado la inspección del personal de Cuenta y Razón de todo el Ejército, además de la instalación y funcionamiento de los servicios sanitarios y el pago de haberes. El segundo se ocuparía del establecimiento de talleres de vestuario, acopio de paños y fábricas de armas, así como de los transportes y la provisión de caballos. El tercero tendría por misión el acopio de víveres; la formación de almacenes y repuestos; el suministro de raciones y utensilios.

Hasta tal punto constituyó una de las más constantes preocupaciones de las autoridades el conseguir los suministros necesarios que buena parte de la documentación recogida en los archivos hace referencia a este tema. En ocasiones se trata de disposiciones ordenando la entrega de alimentos y las liquidaciones hechas por tales conceptos; en otros son los vales del vino o los bonos del pan, o del abasto de carnes, del importe de las leñas o de las fanegas de cebada, puestos a disposición de las tropas francesas y lo mismo, en su medida, a los ingleses. No faltan tampoco algunos datos sobre bagajes, alojamientos y otros gastos. A veces los documentos se engloban en una sección denominada “de subsistencias”.

Una parte de los productos que debían entregarse aparecen pues registrados, incluso a veces fueron pagados. Tal ocurriría, por ejemplo, con los asientos en los libros de cuenta y razón correspondientes a la entrada de reses para la provisión de carnes a las tropas francesas; o los cuadernos de suministros a las mismas. Así podemos ver las cuentas de las comisiones de alojamientos y suministros, tanto a las fuerzas españolas como francesas, incluso la liquidación de alguna. La mayoría de las veces no se iba más allá de la entrega de papeles en los que se reconocía la deuda contraída.

Otro efecto negativo se derivaba de aquellos procedimientos, los campesinos que no cobraban sus productos mal podían pagar tributos, de cualquier clase, como no fuera en especie. De aquí los problemas para hacer frente a las distintas contribuciones; la imposibilidad de obtener las cantidades de dinero que la Hacienda necesitaba y la frecuente conversión de algunos tributos, que pasaban a ser abonados en trigo, cebada y otros productos, en vez de en dinero.

3.2.5. La instrucción de las tropas y la dirección de la guerra

Factores claves para el desenlace de cualquier conflicto armado a los que la historiografía sobre la Guerra de la Independencia habría prestado relativamente poca atención. Durante los últimos años algo hemos mejorado; sin embargo, habrá de profundizarse aún bastante en estas materias, sobre todo, en cuanto a las circunstancias

²⁸ CANGA ARGÜELLES, José, *op cit.*

que rodearon al, en gran medida, improvisado ejército español de 1808 a 1814. Tenemos presente que la respuesta a la ocupación napoleónica supuso no sólo una revolución política, sino que, a la vez, se tradujo en una “revolución militar”.

Aparte de las dimensiones excepcionales que alcanzó la lucha “irregular”, también el ejército regular hubo de incorporar un número extraordinario de soldados y de sus correspondientes mandos. Por otro lado, la excesiva politización a la hora de diseñar estrategias y otorgar los altos cargos militares daría paso a no pocas decisiones erróneas. Los trabajos de A. Casinello han traído a colación y arrojado alguna luz sobre dichos asuntos²⁹.

3.2.6. Los desplazamientos

Tampoco, salvo como telón de fondo de alguna película de asunto bélico dedicado a la guerra contra la invasión napoleónica, habíamos contemplado el escenario en el que se debían mover los combatientes atendiendo a una percepción metrológica y metronómica. Tiempo y espacio, tan distintos de los nuestros en su conjugación, traducida en un ritmo de movimientos sin cuya apreciación, más o menos correcta, resulta igualmente difícil asimilar el significado de lo sucedido. La guerra de la Península, frente occidental de un conflicto más amplio, se hallaba a dos mil kilómetros de la línea marcada por el frente oriental, en tierras centroeuropeas. Cerca de dos meses de penosas marchas para desplazar tropas de uno a otro. El establecimiento de depósitos de alimentos y calzado y posibles alojamientos, a lo largo de las rutas previstas, suponía un notable coste y un gran desafío a la capacidad organizativa del Ejército francés.

Pero también las distancias dentro del territorio ibérico eran considerables y un problema serio para los bandos enfrentados. El Ejército español encontró graves dificultades no sólo de abastecimientos. Tampoco dispuso de un sistema de transportes eficaz. Sin medios propios, debía contratar animales, carros y personal para el traslado de su impedimenta. Todo, hasta los heridos, eran conducidos en carros, allí donde se podía y los caminos permitían, en otro caso el transporte debía hacerse a lomos de animales por sendas infames. No era un servicio ni barato, (el alquiler de una mula costaba de 20 a 24 reales diarios y se necesitaban cientos de mulas, y el de un carro y su carretero importaba 12 rs., también al día), ni bueno, ni rápido. Caros e inseguros aquellos medios de transporte se contrataban para un determinado trayecto, por lo general de una población a otra, siendo sustituidos, una vez llegados al punto previsto, por otros nuevos.

También a los franceses, junto a las dificultades de abastecimiento derivadas de la escasez de productos, especialmente los alimentos, como ya hemos visto, se les presentó el problema de los transportes. Fue éste un gran obstáculo que afectaba, entre otras cosas, por ejemplo, al traslado de armamento y que resultaba prácticamente

²⁹ Ver CASINELLO, Andrés: “La dirección de la guerra 1808-1810” y “La dirección de la guerra 1808-1814” en *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, *La Guerra de la Independencia. Una visión militar*. (2009), pp. 141-165 y 165-195; y “La dirección de la guerra” en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009), pp. 150-174.

insalvable, en determinadas circunstancias a la hora de mover las piezas de artillería de mayor calado. El caso del Ejército de Portugal, que tuvo que abandonar su tren de sitio, se repetiría en varias ocasiones, tanto en España como en el país vecino.

A medida que se prolongaba la guerra las posibilidades de encontrar ganado de tiro o de carga disminuyeron. Cuando a Marmont se le habla de volver sobre Portugal contesta ¿dónde están los víveres, los transportes y los medios que se necesitan? Unos meses después, a finales de 1812, José I se quejaba a Napoleón de que era imposible procurarse en el país caballos y mulas. Como en otros apartados aquí también la suerte de los hombres de Wellington fue mejor. Los medios de transporte de que disponían jugaron un papel decisivo en su mayor capacidad de abastecimiento. La ventaja de los ingleses, que podían utilizar sus barcos, en particular para el traslado de equipos pesados, o de grandes volúmenes de mercancías, era evidente en las zonas litorales.

Algo hemos avanzado en el conocimiento de este tema pero seguimos sin disponer de una monografía suficientemente amplia, rigurosa y sistemática acerca de tales cuestiones.

3.2.7. *Sangre, dolor,...*

Las condiciones sanitarias tampoco fueron buenas para ninguno de los Ejércitos implicados en la guerra de 1808 a 1814. El número de enfermos se estimaba, como normal, en torno del 10 por 100 de los efectivos, en situación de paz. En campaña este porcentaje se incrementaba espectacularmente por la combinación de carencias y penalidades extraordinarias. En combate la proporción de bajas entre muertos y heridos oscilaba alrededor de 1 a 3. Para la atención de los enfermos y heridos existían varios tipos de hospitales; los de “primera sangre”; los de tránsito o ambulantes, a escasa distancia de la retaguardia de cada una de las grandes unidades; los de curación y los de convalecencia; estos últimos los más alejados hacia el interior del territorio propio³⁰.

La evacuación de los heridos estaba prevista que se realizara mediante “angarillas”, una especie de camilla, con jergoncillo y cabezal, que llevaba como cabecera una tabla clavada al sesgo para que el herido no llevase la cabeza baja; las angarillas eran manejadas por los angarilleros o portadores de las angarillas, que eran a veces paisanos, a veces soldados desarmados, acompañados de un cabo que cuidaba de que, una vez depositado el herido en el “hospital de primera sangre”, regresasen inmediatamente a recoger a otros heridos. Tras ser asistidos de urgencia, en el “hospital de primera sangre”, se procedía a su clasificación y los heridos muy graves eran evacuados al “hospital ambulante”, en carros del propio Ejército o requisados a la población civil. El “hospital ambulante” debía instalarse en las iglesias, granjas o locales de los pueblos inmediatos y, en su defecto en tiendas de campaña o barracas de madera; pero siempre lo más cercano posible a la línea de contacto con el enemigo. Allí se

³⁰ Entre los trabajos recientes sobre este tema cabe citar el de ARCARAZO GARCÍA, Luis Alfonso: “La sanidad militar española a comienzos del siglo XIX. La organización de la asistencia médica durante los sitios de Zaragoza (1808-1809)” en *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, *La Guerra de la Independencia...* (2008), pp. 15-77.

habrían de recibir los enfermos y heridos incapaces de poder llegar a los hospitales fijos de Ejército o del Interior, lo que suponía una clasificación de heridos conforme a su gravedad. En el “hospital ambulante” actuaban las “brigadas de cirugía”; cuando empezaban a ingresar los heridos, se repartían en número de veinte para cada brigada y, a medida que aumentaban las entradas, iban distribuyendo de tal forma que ninguna brigada tuviese seis heridos más que otra. Los más graves irían al hospital de Ejército, situado en la retaguardia, y todos, cuando fuera posible, se evacuarían al hospital del Interior. Por entonces se aplicaba el sistema de “cura española” o cura retardada consistente en cubrir la herida por arma de fuego, una vez limpia, con unas simples hilas, un vendaje y aplicar luego unos fomentos emolientes o calmantes, si lo exigía el dolor³¹. En cuanto a los servicios farmacéuticos, existía el “Laboratorio General Castrense”, proveniente del laboratorio yatroquímico del siglo XVII, que en tiempos de Carlos III, había pasado a denominarse “Laboratorio Castrense”.

Pero la invasión francesa y la guerra subsiguiente superaron aquellas previsiones y la situación devino en verdadera catástrofe. La Junta Superior Gubernativa de Sanidad militar quedó en manos de los franceses; en las nuevas unidades, que las juntas de defensa regionales iban formando, los médicos y farmacéuticos eran paisanos patriotas que se presentaban voluntarios, pero desconocían la organización y estructura de la sanidad militar y por ello su actividad no era todo lo eficaz que se necesitaba, habida cuenta de que un sanitario militar no es sólo un médico o un farmacéutico vestidos de uniforme.

A los franceses tampoco les fueron bien las cosas en el apartado de la sanidad militar, a pesar de ser uno de los mejores ejércitos de la época. Establecieron hospitales fijos en las grandes poblaciones ante la imposibilidad de dejar sus heridos en pueblos y villas donde podían ser más fácilmente objeto de las iras de la población. Cuando el Ejército francés llegó a Madrid, había en esta capital veinte hospitales públicos y uno privado; el más importante de ellos, el Hospital General, fue destinado por el gobierno español a los heridos franceses, desplazando a los españoles al Hospicio. Todos los hospitales de Madrid admitían heridos de uno y otro bando sin distinción; lo hicieron también los conventos y las casas particulares. En 1809, se publicó, traducido al español e impreso por la Imprenta Real, el “Reglamento para el régimen y gobierno de los hospitales militares franceses” y poco después, un “Formulario farmacéutico para los hospitales militares”, también traducido del francés.

La táctica sanitaria francesa en cada cuerpo de los que componían un ejército se llevaba a cabo en cuatro escalones: en el primero, unas compañías de enfermeros se encargaban de recoger los heridos en primera línea; a cada una de estas compañías se yuxtaponía una compañía de “equipajes militares” que llevaba el material de curación y unas cajas con medicamentos a cargo de un boticario. En el segundo escalón, los heridos eran recibidos en unas ambulancias dirigidas por un cirujano principal y una división de cirujanos que llevaban a cabo las intervenciones. El tercer escalón era la

³¹ Ver GÓMEZ RODRÍGUEZ, Luis: “La asistencia sanitaria en campaña en la Guerra de la Independencia”, Ciclo de Conferencias, *La alimentación española en torno a 1808*, Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, Junio 2008.

ambulancia central, dirigida por el cirujano en jefe del cuerpo de ejército que recibían los heridos y enfermos que habían sido evacuados. El cuarto escalón eran los hospitales del interior. La sanidad militar francesa tuvo dificultades tanto en suministros de material sanitario como en evacuaciones que se llevaron a cabo hacia la frontera en grandes convoyes cuando se veían agobiados y las circunstancias y la distancia lo permitían. El estado de los hospitales militares franceses era tan lamentable como el de los españoles, escaseaban los cirujanos y según testimonio del médico militar Vignes, en ellos faltaban sábanas, colchones y mantas y los piojos devoraban a los enfermos. Durante el segundo sitio a Zaragoza, los franceses evacuaban sus bajas sobre Alagón donde tenían un hospital infecto en el que no había ni víveres ni medicamentos; el general francés Harispe, que le visitó, le reorganizó para que los soldados franceses “no estuvieran en el hospital peor aún que en la trinchera”.

Entre los médicos y cirujanos que formaron parte de la sanidad militar del Ejército francés durante la guerra de la Independencia conviene mencionar a Domingo Juan de Larrey, barón de Larrey, inspector de cirugía en el Ejército de Murat, en Madrid, que se preocupó de organizar un servicio de ambulancias “volantes” que ya habían utilizado las legiones romanas, aunque esta circunstancia no empaña el valor de su contribución a su organización y perfeccionamiento³².

3.2.8. El significado del dominio del mar

La guerra en la Península Ibérica de 1808 a 1814, como en otros frentes de la contienda contra Napoleón, fue una lucha desarrollada principalmente en tierra, pero para cuyo mantenimiento en las mejores condiciones resultaba decisivo el dominio del mar. Algo tan simple pero tan importante, a la vez, había sido relativamente poco tratado y, por lo general, desde perspectivas demasiado “tradicionales”. Pero también en este campo hemos apreciado avances constatables.

No hace mucho un historiador anglosajón afirmaba que todavía hoy la Guerra Peninsular sigue siendo un ejemplo de cómo el poder naval tiene un profundo impacto estratégico sobre las campañas en tierra. En principio habremos de convenir en que una armada capaz de dominar el mar constituye, siempre, antes y después de que Maham acuñara sus teorías sobre este tema, una herramienta defensiva y ofensiva de primer orden. La Península Ibérica y la vinculación de sus dos Estados con América potenciaban enormemente la importancia del control naval.

El papel principal en ese dominio del mar correspondería a los británicos. Nada tiene de extraño pues que, en las Islas, se haya prestado una mayor atención a la historiografía de este tema. Entre los libros aparecidos en los años próximos pasados destacaría el de Hall, Ch. D. *Wellington's Navy. Sea power and the Peninsular War*. London, 2004. En nuestro país citaríamos la obra de Franco Castañón, H., *La Real Armada y su infantería de marina en la Guerra de la Independencia* (Valladolid,

³² Otro de los testimonios interesantes de los médicos militares franceses es el de TYRBAS DE CHAMBERT, Joseph: *Memoires d'une médecine militaire*. 1853. Reed., París, 2002.

2008); así como la ponencia de H. O'Donnell, "La Armada en la Guerra de la Independencia. Marina inexistente, marinos omnipresentes"³³.

3.2.9. *Dinero, dinero, dinero,...*

Todo lo anterior, más el armamento, los caballos de toda clase, haberes de las tropas, medios de transporte, etc., tenían un común denominador: el dinero³⁴. La financiación de la guerra constituye uno de los aspectos decisivos y no suficientemente estudiados, por lo que a todos los países combatientes se refiere. La aportación de las distintas regiones; el peso soportado por la Iglesia; las prestaciones de diversos particulares; la recaudación y sus problemas; el crédito; la contribución de los españoles americanos, etc., y las consecuencias de la política fiscal ofrecen todavía no pocos interrogantes. A ese respecto, por ejemplo, se apunta alguna posible conexión entre el incremento de la carga tributaria y la ruptura de la América hispana con la Regencia, que convendría investigar con más profundidad. En cuanto a la financiación exterior, la aportación más sobresaliente para la historiografía en este terreno ha sido la de la prof.^a Laspra acerca de la ayuda británica, cuyo volumen superó ampliamente lo que hasta ahora se había apuntado³⁵.

3.2.10. *La información*

Otro de los factores determinantes en la marcha de la guerra fue la información. Ya desde Bailén se manifestaría esta circunstancia de forma rotunda. Las aportaciones de la última historiografía en torno a esta materia han permitido una ponderación más ajustada de su trascendencia y, a la vez, incorporar nuevos datos. Si en algún aspecto de la guerra la superioridad española, y por extensión de los aliados, fue clara y permanente a lo largo del conflicto éste sería el de la información. Conocer los movimientos enemigos y lo concerniente a su situación, número, etc., confería una evidente ventaja que los franceses trataron de neutralizar, cuando menos, o mejor aún volcar la situación a su favor, empleando todos los medios a su alcance, desde el soborno a la coacción. No conseguirían su propósito debido, principalmente al mayoritario apoyo popular a la causa "patriota", en buena medida, y a la actuación de la guerrilla, tanto por papel en la transmisión de los informes, como en la presión disuasoria ejercida sobre los potenciales "colaboracionistas" de los franceses. También aquí los trabajos de Casinello se contarían, una vez más, entre los de mayor interés.

³³ Ver O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo: "La Armada ..." en DIEGO GARCÍA, Emilio de: *op cit.*, (2008) pp. 303-323.

³⁴ The National Archives. War Office 37/3. En cualquier circunstancia, como señalaba el Duque de Ragusa, "nada es más importante que recibir pronto el dinero".

³⁵ Ver LASPRA RODRÍGUEZ, Alicia: "La intervención británica: ayuda material y diplomática" en *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, *Entre el Dos de Mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la guerra peninsular*. Madrid, (2005), pp. 59-78.

3.2.11. Los otros sujetos: la mujer en la guerra

Un frente más en las nuevas investigaciones y, por consiguiente, un campo historiográfico novedoso y trascendental, en la línea que venimos señalando, para hacer comprensible la contienda de 1808 a 1814.

Creo no faltar a la verdad —escribía con razón la prof.^a G. Espigado— si expreso que las mujeres han sido las grandes ausentes de la historiografía sobre la Guerra de la Independencia³⁶.

Afortunadamente y gracias a los trabajos de la propia G. Espigado, G. Gómez Ferrer, M. Reder, M. Fernández Poza, E. Fernández García, etc., vamos tomando conciencia del decisivo papel de la mujer en el conflicto de 1808 a 1814; tanto en el día a día como en las gestas excepcionales³⁷. La última de las historiadoras citadas es autora de una interesante monografía titulada, precisamente, *Mujeres en la Guerra de la Independencia*, (Madrid, 2009).

3.2.12. La vida cotidiana

Esa realidad, a la que invocábamos en algún punto anterior como referente imprescindible para comprender lo acaecido entre 1808 y 1814, estaría conformada inseparablemente por la guerra, la política y cuanto tiene que ver con el ejercicio directo del esfuerzo militar; pero también con la vida diaria en todos los órdenes. A mejorar nuestro conocimiento en este apartado y a resaltar su incidencia en la lucha contra las tropas napoleónicas, se han producido últimamente notables contribuciones historiográficas. Trabajos como los de A. Fernández, M. Fernández Poza, J. del Moral, A. Moliner, ... etc., figuran entre los más relevantes para la percepción más adecuada de lo que fue la Guerra contra Napoleón³⁸.

Historia cultural, pero también económica, social y muchas otras cosas, la historia de la vida cotidiana resulta, insistimos, tan imprescindible como la propia historia militar. Lo más inmediato y conocido hasta ahora serían los problemas de subsistencia, puesto que, como ya hemos apuntado, no eran sólo los militares quienes se veían agobiados por la falta de víveres. Desde finales de 1810 las dificultades para procurarse abastecimientos empezaban ya a hacerse particularmente sensibles entre la población civil de no pocas ciudades; tal vez el caso más llamativo sería el de Madrid. La escasez de víveres, en 1811 y sobre todo en 1812, llegó a extremos difíciles de

³⁶ Ver ESPIGADO, Gloria: “Armas de mujer: el patriotismo de las españolas” en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009) pp. 709-749.

³⁷ Otro referente obligado serían las *Actas de las Cuartas Jornadas sobre la Batalla de Bailén y la España Contemporánea*, dedicadas al *Conflicto y sociedad civil: la mujer en la Guerra*. Jaén, 2003.

³⁸ Ver FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Madrid durante la Guerra de la Independencia: la sociedad y la vida social”; FERNÁNDEZ POZA, Milagros: “Vida cotidiana y sociabilidad en la Guerra de la Independencia”; MORAL RUIZ, Joaquín del: “Vida cotidiana del campesinado español en la Guerra de la Independencia. Una perspectiva a largo plazo”; MOLINER PRADA, Antonio: “La vida en una ciudad sitiada: Tarragona mayo-junio de 1811” en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009) pp. 317-364, 421-477, 477-517 y 517-539, respectivamente.

soportar. Las malas cosechas de 1810 y peor todavía, en 1811, vinieron a unirse al “bloqueo”, al menos parcial, al que los guerrilleros tenían sometida a la ciudad. La insuficiente afluencia de trigo y las maniobras especulativas llevaron los precios a niveles prohibitivos. La arroba de este cereal que se vendía en febrero de 1811 a 62 rs., llegó a superar, según Torenó, los 540 en la primavera de 1812. Al hambre se unieron la tensión social por los abusos cometidos que desembocaban en desórdenes públicos y eso que también la guarnición francesa sufría la falta de víveres. Un ejemplo aplicable a tantos otros lugares de España.

Así, en Burgos, el intendente afrancesado de la provincia escribía, tras su regreso desde Vitoria, en noviembre de 1812:

He encontrado a Burgos y su provincia en un estado miserable, y peor en el radio de cinco leguas donde han estado las tropas angloespañolas...³⁹.

La mayoría de los pueblos y ciudades de España ofrecieron, en uno u otro momento, una imagen semejante.

Pero evidentemente dentro de la vida cotidiana juegan múltiples elementos más allá de la simple supervivencia. Relaciones de género, violencia, en particular sobre las mujeres, nupcialidad, natalidad, moralidad (privada especialmente), administración, práctica religiosa, etc., cuyo estudio, más allá de algunas de las muestras publicadas en estos últimos años, habrá de incrementarse.

3.3. ...*deinde philosophari*

Como en cualquier otro conflicto de la naturaleza que estamos tratando, el plano material y el plano espiritual, aparecen conjugados íntimamente en la respuesta a la invasión napoleónica. Combatir, resistir, levantarse tras la derrota y vencer, ¿cómo fue posible la gesta española contra el mejor Ejército del mundo en aquellos momentos?

3.3.1. *La propaganda*

Factor sólo parcialmente contemplado hasta ahora, ha sido objeto de algunas reflexiones especialmente ilustrativas para comprender lo que parecía incomprensible.

España se halló pronto, según expresaban las fuentes de la época,

Casi subyugada, sus caminos y sus fronteras ocupadas, su capital opresa, sus príncipes cautivos y la autoridad principal vendida, y auxiliando al enemigo.

Pero, contra toda lógica aparente, algún elemento infra o supralógico, (sentimental, fídico, religioso o profano), fue capaz de provocar una reacción inesperada. El mismo autor del texto al que nos hemos referido se preguntaba

³⁹ Archivo General de Simancas (A.G.S.) Sección Gracia y Justicia, Leg. 1080.

¿Por qué especie de prodigio esta situación de cosas se muda de repente como una decoración de teatro y la nación dormida y despreciada se levanta furiosa...? ¿Quién dio vida a este cuerpo ya moribundo...?

Como es obvio, lo hicieron los diversos valores subyacentes en la respuesta adoptada por los españoles, concretada en el grito de guerra al francés, y que concluyeron en el desafío esencial, “vencer o morir”. Aquellos factores, dadas las circunstancias, habían de ser pues de carácter trascendental y de naturaleza mítica, entendiendo el término en su significado más encomiable. Debían resultar lo suficientemente poderosos para hacer posible la lucha en un contexto que, en términos razonables, se consideraba inevitablemente adverso y, para lograrlo, tenían que conformar un “dogma”, político-religioso, material y espiritual, simple en su estructura, breve en sus postulados y eficaz en su aplicación. Se trataba de construir un discurso que asentado no solamente en componentes espirituales, incorporara referentes físicos susceptibles de idealización. Sin duda, la llamada capaz de llevar a los españoles al sacrificio para rechazar las apetencias napoleónicas se ajustó a ese patrón, asentándose en la imprecisión de una cosmogonía variable, lo suficientemente real para ser creíble y, a la vez, con los ingredientes ideales necesarios para superar incluso la evidencia más adversa.

Alguno de mis trabajos, en particular, “La Guerra de la Independencia: la propaganda como motor de la resistencia”⁴⁰, así como diversas referencias en las actas del Congreso celebrado en Alicante, el de E. La Parra, “El rey imaginario” en *El comienzo de la Guerra de la Independencia y La guerra de Napoleón en España: reacciones, imágenes, consecuencias* (Alicante, 2010), figurarían entre las últimas aportaciones.

3.3.2. *El componente religioso. ¿Fue la de 1808 a 1814 una guerra de religión?*

Seguramente hemos realizado también, durante los últimos años, una valoración más correcta del componente religioso y de su significado en la guerra contra el francés. Las simplificaciones y los reduccionismos, así como determinados errores, van siendo superados. Para ello ha sido de gran utilidad dejar atrás la desacertada identificación entre Iglesia y Religión como referencias simétricas. El clero, la institución eclesiástica en su conjunto, tenía un enorme peso, sin duda, en la sociedad española de comienzos del Ochocientos, pero el sentimiento religioso, creencias y emociones, iba aún mucho más allá. Por consiguiente el hipotético debate acerca de si la Iglesia, más o menos total o parcialmente, estuvo a favor o en contra de José I, sin otro horizonte, carece de sentido, en buena medida al menos, puesto que resulta innegable que una parte del clero, incluidas no pocas de sus personalidades más sobresalientes, adoptó la causa josefina; más aún, un sector no despreciable en número de los religiosos, sobre todo seculares, siguió esos mismos derroteros con mayor o menor agrado⁴¹.

⁴⁰ Ver DIEGO GARCÍA, Emilio de: “La Guerra de la Independencia: la propaganda como motor de la resistencia” en MOLINER, Antonio, *Ocupació i Resistència a la guerra del francès (1808-1814)*. Barcelona, 2007, pp. 131-163.

⁴¹ Ver BARRIO, Maximiliano: “Los eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia” en ALBEROLA, Armando y LARRIBA, Elisabel, (Eds.): *Las élites y la revolución de España (1809-1814)*. Alicante, Universidad de Alicante, 2010, pp. 227-256. Hace un cuarto de siglo que el profesor Dufour

Del mismo modo que se evidencia la oposición cerrada del clero regular, sujeto principal de la agresión del régimen afrancesado, tan grave en lo material como en lo espiritual.

En todo caso la marcha de la guerra condicionó el comportamiento del clero, como el del resto de la sociedad, dando pie a drásticos y a veces sorprendentes cambios de actitud. No cabe pues seguir asegurando, en clave maniquea, que la Iglesia defendió a ultranza y de forma unitaria, la lucha contra el invasor. José I procuró por diversos medios atraerse, también en este campo, el favor de sus súbditos, promoviendo incontables actos litúrgicos. Otra cosa es que sus medidas de política religiosa acabaran ampliando la brecha preexistente en las filas de la propia iglesia española y que junto al desatinado comportamiento de las tropas francesas, le concitaran el odio de la mayoría de los españoles.

Ahora bien si no estamos ante una lucha, de religión, en sentido estricto, devaluar el peso del factor religioso en la guerra de la independencia sería igualmente erróneo. Habría que matizar, ciertamente, los ecos menéndezpelayistas (*"aquella guerra ... esa guerra de religión contra las ideas del siglo XVIII"*), pero el componente religioso se mostró decisivo en la contienda contra los franceses, contribuyendo, no poco, como siempre que este factor se hace presente en un conflicto, a la radicalización y a la ferocidad de los enfrentamientos. Ese fue uno de los elementos esenciales del error de Napoleón, creer que la respuesta bélica, en clave religiosa, dependería exclusivamente de la acción del clero y que teniendo a su favor una aparte distinguida del mismo y neutralizando jurídica y económicamente al resto, la "canalla" popular sería incapaz de expresar su sentimiento. La pedagogía del incendio y la escenificación del sacrilegio, llevada a cabo por sus soldados, habrían de incidir mil veces más, en el ánimo de los españoles, para combatir a ultranza, que la palabra de cualquier clérigo.

Consideramos significativo en este dominio, aparte de los trabajos de E. La Parra, y los más o menos lejanos de L. Higuera y otros, el artículo de J.M. Cuenca Toribio, "El componente religioso en la Guerra de la Independencia"⁴²; la ponencia de J. M. Pérez Prendes, "La Iglesia durante la Guerra de la Independencia"⁴³; o, última-mente, el libro de E. Martínez Ruiz y M. Gil, *La Iglesia española contra Napoleón. La guerra ideológica* (Madrid, 2010).

4. EL APARTADO POLÍTICO INSTITUCIONAL

Aportaciones destacables nos presentan también los trabajos historiográficos en este Bicentenario acerca de lo ocurrido en el plano político institucional, en relación

señalaba esta circunstancia. Ver DUFOUR, Gerard y otros: *El clero afrancesado*. Aix-en Provence, Université de Provence, 1986. Algo que repetiría posteriormente en distintos trabajos. De un colectivo especial dentro de este sector se ocupó FERRER BENIMELI, José Antonio: "Clero afrancesado francmasón" en *El clero afrancesado*, pp. 129-166.

⁴² CUENCA TORIBIO, José Manuel: "El componente religioso en la Guerra de la Independencia", en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009) pp. 48-68.

⁴³ Ver PÉREZ PRENDES, José Manuel: "La Iglesia durante la Guerra de la Independencia" en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2008) pp. 138-182.

con el conflicto de 1808. Señalaba acertadamente García Gallo que "... en la copiosa bibliografía consagrada a estudiar la Guerra de la Independencia son escasos los estudios que se ocupan de manera expresa de los aspectos jurídicos"⁴⁴ y corregir este defecto, al menos en cierta medida, ha sido uno de los objetivos de un grupo de historiadores, próximos a la A.E.G.I., durante los últimos años. En el Seminario Internacional, "Respuestas a una invasión", tuvimos oportunidad de llamar la atención sobre la revolución política producida al hilo de la guerra contra la invasión napoleónica.

El punto de partida, anterior aunque vinculado a la posterior contienda, se situaría en la crisis vivida en el seno de la monarquía española y, en consecuencia, en los dos golpes de estado dirigidos contra Godoy y Carlos IV. El primero, en grado de tentativa, con El Escorial como escenario, y el segundo y decisivo en Aranjuez. Este último, trascendental en la historia política española, abría la puerta al protagonismo popular, aunque fuera en principio como producto de la manipulación ejercida por los mentores de la facción fernandina. Soberanía y legitimidad institucional pasaban a convertirse en cuestiones capitales⁴⁵.

La insurrección posterior situaría estos valores en primer término en la doble vertiente de la confrontación entre las nuevas instituciones, las Juntas, y las viejas, el Consejo de Castilla principalmente, y de las instituciones "patriotas" frente a las "josefinas" pretendidamente justificadas, éstas últimas, por la Constitución de Bayona.

La publicación de A. Moliner sobre "Las Juntas como respuesta a la invasión francesa" en *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, (2006), pp. 54-66, por ejemplo, venía a ser uno de los eslabones de la larga cadena de sus trabajos dedicados a este tema desde su ya lejana tesis doctoral *Estructura, funcionamiento y terminología de las Juntas supremas provinciales en la guerra contra Napoleón: los casos de Mallorca, Cataluña, Asturias y León* (Barcelona, 2001); el texto de M. Moreno Alonso, *La Junta Suprema de Sevilla* (Sevilla, 2001); los de J. Sánchez-Arcilla, ("La crisis de las instituciones en 1808"), en *Madrid. Revista de Arte, Geografía e Historia*, n.º 9 (2007), pp. 27-61; o "La Guerra de la Independencia y su repercusión en los aspectos político-institucionales"⁴⁶ serían igualmente relevantes.

Mayor trascendencia tendría la culminación de aquel proceso con la implantación del estado liberal. Aquí el actual juego político ha introducido no pocos elementos de distorsión en el que debería haber sido debate puramente académico sobre el protago-

⁴⁴ Ver GARCÍA GALLO, Alfonso: "Aspectos jurídicos de la Guerra de la Independencia" en *Estudios de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, 1965. Precisamente los mejores logros en este terreno se habían conseguido a través de los lejanos trabajos de MERCADER RIBA, Juan: *José Bonaparte Rey de España, 1808-1813. Estructura del Estado español bonapartista*, Madrid, CSIC, 1983 y, en menor escala de otros más recientes como el de RAMISA VERDAGUER, Matías, "La administración bonapartista" en MOLINER PRADA, Antonio: *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Barcelona, Nabla, 2007, pp. 355-384.

⁴⁵ Ver DIEGO GARCÍA, Emilio de: "España 1808-1810: entre el viejo y el nuevo orden político" en *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, *Respuestas a una invasión*, (2006), pp. 15-35.

⁴⁶ Ver SÁNCHEZ-ARCILLA, José: "La Guerra de la Independencia y su repercusión en los aspectos político-institucionales", en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2008) pp. 68-138.

nismo de la Nación. Citemos unas cuantas publicaciones recientes relacionadas con este tema. Por ejemplo, J.S. Pérez Garzón, *Las Cortes de Cádiz. El nacimiento de la nación liberal (1808-1814)*. (Madrid, 2007); J. Álvarez Junco, *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX* (Madrid, 2007); R. García Cárcel, *El sueño de la nación indomable: los mitos de la Guerra de la Independencia* (Madrid, 2007); y M. Moreno Alonso, M. *El nacimiento de una nación* (Madrid, 2010).

5. LOS AFRANCESADOS

Acaso el otro punto más influido por factores ideológicos, junto con el pseudo debate sobre el concepto de “nación”, sea el de los “afrancesados”, convertidos en la encarnación de todas las bondades por un sector de nuestra historiografía. Los tópicos siguen más vigentes en este terreno de lo que sería de desear pero, los “afrancesados”, lejos de cualquier reduccionismo, fueron un conjunto tan heterogéneo como el de los “patriotas”. Un colectivo muy diverso en todos los aspectos: intelectuales, morales, económicos, etc., que adoptó la causa josefina con entusiasmo, arribismo, temor, indiferencia y, casi siempre, por mera necesidad de supervivencia. Aunque el término bien podría aplicarse a otros muchos que, aún influidos por el pensamiento francés, eligieron defender la causa de su Patria⁴⁷.

Los trabajos sobre la élite “afrancesada” tienen largo recorrido en la historiografía española; sin embargo seguimos sabiendo poco de los miles y miles de españoles que juraron fidelidad a José I, simplemente para poder seguir viviendo. Desde el primer “afrancesado” de ocasión, Fernando VII, hasta el último de sus súbditos que no se echó al campo movido por el espíritu patriótico, o por otros intereses, muchos de los habitantes de la España de 1808-1814 pudieron ser etiquetados y tratados, como “afrancesados”. Tendremos que saber más de los miles de funcionarios, pequeños propietarios, profesionales liberales, comerciantes, artesanos, etc., que se encontraron en la España dominada por las tropas napoleónicas y se amoldaron mayoritariamente a la nueva situación, intentando escapar a una guerra que acabaría atrapando a todos. Entre las últimas publicaciones, al margen de alguna reedición como la de M. Artola, *Los afrancesados -1953-* (Madrid, 2008), son interesantes por ejemplo J. López Tabar, “La España josefina y el fenómeno del afrancesamiento”, en *La Guerra de la Independencia en España*, (Barcelona, 2007); M. Moreno Alonso, *Los afrancesados* (Madrid, 2008), etc.

6. AMÉRICA

A diferencia de lo acontecido en otros frentes, la actividad publicística parece haber aguardado, hasta este 2010, para dar la señal de salida en cuanto al aporte de la historiografía sobre la Guerra de la Independencia y sus repercusiones en Hispanoamérica. Algo verdaderamente decisivo, pues lo que empezó siendo la Guerra de la

⁴⁷ Ver ALBEROLA, Armando, y LARRIBA, Elisabel (Eds): *op cit.*

Independencia en América o mejor dicho en Hispanoamérica, acabó siendo la Guerra de Independencia de la América española.

También aquí dentro del programa preparado por la A.E.G.I. procuramos poner nuestro grano de arena en la historiografía del Bicentenario. Así pues, como ya vimos, siempre en el marco del I.H.C.M., celebramos un seminario internacional acerca de las “Repercusiones de la Guerra de la Independencia en América”⁴⁸, en el que se recogen útiles ponencias de A. Casinello, A. Pires Ventura, L. Navarro García, etc. Por su parte el prof. Armillas presentó una ponencia en el Congreso Internacional sobre “El nacimiento de la España contemporánea”, abordando los problemas de la monarquía española en tierras americanas, bajo el título “La quiebra de la recíproca benevolencia. La América española ante la crisis dinástica (1808-1814)”.

7. LAS VISIONES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ALLENDE NUESTRAS FRONTERAS

Inserta en un conflicto de mayores dimensiones, que afectaba prácticamente a toda Europa y a gran parte de América, la contienda antinapoleónica al Sur de los Pirineos se convertiría en un foco de interés y de atención generalizada. Francia e Inglaterra, sobre todo, y en menor, que no pequeña medida, Austria, Rusia, Prusia, la península italiana, etc., debían hacerse eco de lo que ocurría en España.

En el primero de los casos Napoleón debía “justificar” la invasión de nuestro país y minimizar el coste de aquella intervención⁴⁹. Pero paralelamente, aunque de forma “subversiva”, la realidad de aquella guerra era descrita, en toda su crudeza, en las cartas que los combatientes, salvando la censura, hacían llegar a Francia. Algunas de estas visiones han sido reeditadas en memorias, epistolarios y otros materiales. La ponencia de G. Dufour, “La visión francesa de la guerra de España” nos ha servido para saber algo más acerca de la Guerra de la Independencia en este Bicentenario⁵⁰.

Para Inglaterra el levantamiento de los españoles contra la invasión francesa supuso el cambio decisivo en su larga confrontación con Francia. La guerra en España se elevó a la categoría de mito romántico, sin perder de vista su trascendencia política. En conjunto C. Santacara, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos* (Madrid, 2005) nos presenta una panorámica interesante. Pero también nos facilitan la comprensión de aquella reacción tanto la prensa como la creación literaria. A propósito de ésta última tenemos los textos de la prof.^a A. Laspra, de E. Durán⁵¹ y, sobre

⁴⁸ Ver *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, *Repercusiones de la Guerra de la Independencia en América*, Madrid, (2007).

⁴⁹ Ver AYMES, Jean- René: “La propaganda francesa sobre la intervención en España en 1808” en *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, *Los franceses en Madrid. 1808 Información, propaganda y comportamiento popular*, (2004), 197-235.

⁵⁰ Ver DUFOUR, Gerard: “La visión francesa de la guerra de España” en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2008), pp. 35-55.

⁵¹ Ver DURÁN, Elías: *Galicia, The Times y la Guerra de la Independencia: Henry Crabb Robinson y la correspondencia de The Times en A Coruña (1808-1809)*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2008.

todo, de D. Saglia, con “La profundización de la mirada: visiones de España en la poesía inglesa 1808-1814”⁵².

También desde Portugal, cuya suerte se hallaba tan estrechamente unida a la de los españoles, resulta de gran interés la visión de lo sucedido en el solar hispano de 1808 a 1814. Consideramos especialmente interesante, en este sentido, la aportación de G. Gândara Terenas, “‘A nossa Patria Ibérica’: Imagens de Espanha as tempo da Guerra Peninsular em romances portugueses”⁵³. Sin olvidar tampoco los trabajos de los profesores A. Pedro Vicente y A. Pires Ventura.

Acerca de la imagen proyectada en Italia ya hicimos referencia al congreso celebrado en Nova Ligure. En cuanto a la percepción en Austria, Prusia y Rusia, a falta de mayor investigación en sus respectivos archivos, baste recordar las “Memorias” de Metternich⁵⁴; la obra del poeta E. Mortitz Arendt⁵⁵ o el testimonio de un buen número de historiadores de estos países. También en la narrativa polaca la Guerra de la Independencia de España ocuparía lugar destacado. Hasta en Dinamarca, de la mano de los autores más notables en aquel país, Steen Steensen Blicher (1782-1848), que escribió una colección titulada “Españoles y franceses”, encontramos un retrato favorable de aquellos compatriotas nuestros que integraron la división del Marqués de la Romana⁵⁶.

8. REPRESENTACIONES DE Y PARA LA GUERRA

Sobre la realidad de la contienda se llevaron a cabo diversas “construcciones” bien fuera por los coetáneos o a *posteriori*: ¿Cómo se representó aquella guerra? ¿Qué tipo de creaciones o recreaciones se hicieron con el fin de entretener o de “convencer” emocionalmente a los españoles durante aquellos años? ¿Cuáles fueron las imágenes de una lucha tan cruel? La contribución de la reciente historiografía al mejor conocimiento de la literatura, la pintura, la escultura y aún la música, relacionada con la Guerra de la Independencia ha sido verdaderamente destacada.

Las publicaciones, entre otros autores, de L. Romero Tobar, por ejemplo, “Los sitios de Zaragoza, tema literario internacional (1808-1814)”; las de J. Álvarez Barrientos, *Escritores en guerra. El concurso literario por los sitios de Zaragoza* y so-

⁵² Ver SAGLIA, Diego: “La profundización de la mirada: visiones de España en la poesía inglesa de 1808 a 1814”, en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2008) pp. 512-530. Entre otros trabajos de D. Saglia, *Poetics castles in Spain. British romanticism and figuration of Iberia* (Amsterdam, Rodopi Ed., 2000), constituyen también una notable aportación.

⁵³ Ver GÂNDARA TERENAS, Gabriela: “‘A nossa Patria Ibérica’: Imagens de Espanha as tempo da Guerra Peninsular em romances portugueses” en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009) pp. 646-667.

⁵⁴ Ver METTERNICH, Príncipe de, *Memoires, documents et écrits divers laissés par le Prince de ...* París, 1880, t. II, pp. 251 y ss.

⁵⁵ Ver ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, Luis: “El poeta y ensayista alemán Erns Moritz Arndt, cantor de España y de su resistencia ante la invasión napoleónica”, en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009), pp. 667-706.

⁵⁶ Ver SÁNCHEZ FAJARDO, Ignacio: *La división de la Romana. Un Ejército ilustrado*. Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte, 2009.

bre todo *La Guerra de la Independencia en la cultura española* (Madrid, 2008); las de S. Sanz Villanueva, “La Guerra de la Independencia en la novela española reciente” y, especialmente, A. M.^a Freire López, “El conflicto de 1808 en el teatro español”⁵⁷, “La Guerra de la Independencia en la novela española del siglo XIX”⁵⁸, y *El teatro español entre la Ilustración y el romanticismo*, (Madrid, 2009), han enriquecido nuestro conocimiento del periodo 1808-1814 y de su “invención” según las circunstancias.

Pero no sólo la literatura, también otras expresiones artísticas constituyen un referente de estudio obligado. La ponencia de F. Portela Sandoval, “La Guerra de la Independencia en las artes figurativas”⁵⁹ resulta útil para evaluar emociones e intereses alrededor de esa epopeya. En primer lugar, la pintura y la caricatura reflejaron en tono dramático, no pocas veces trágico, y a veces festivo el panorama español de 1808 a 1814. Al margen del más estudiado caso de Goya, mucho y desigual tributo rindieron los pintores españoles a la Guerra de la Independencia y a sus precedentes, en particular al madrileño Dos de Mayo. A este respecto, el texto de J. Gutiérrez Burón, “El reflejo de la Guerra de la Independencia en la pintura de historia”, constituye una ilustrativa aportación dentro de las publicaciones salidas a la luz de este último tiempo. En cuanto a la caricatura y otros géneros afines contamos, entre otros, con los interesantes trabajos de J. Vega, partiendo de “La publicación de estampas heroicas en Madrid durante la Guerra de la Independencia” en *Art and Literature in Spain 1600-1800* (Londres, 1993). Igualmente, de varios autores, las *Estampas de la Guerra de la Independencia* (Madrid, 1996).

Asimismo el estudio de la escultura, como ya dijimos y de la música de (y sobre) la Guerra de la Independencia resulta imprescindible a las alturas del Bicentenario. Acerca de la primera disponemos del texto de F. Portela Sandoval, “Imágenes de una guerra: figuras y relieves”⁶⁰. Pero tal vez sea en el dominio de la música en el que se ha investigado con mayor provecho en los últimos años. Un esfuerzo que ha servido para reivindicar la influencia, en cuanto catalizador espiritual, que la música, culta, popular, original, reutilizada para la ocasión, etc., tuvo a propósito de la lucha contra las tropas imperiales. Los trabajos de M.^a J. Corredor Álvarez Cañibano, Gembero Ustarroz; M.^a José de la Torre, y E. Casares figuran entre las destacadas de la historiografía académica sobre “La música considerada como uno de los medios más eficaces para excitar el patriotismo y el valor”, como la definía por entonces D. Francisco Tadeo de Murguía.

De la mano de los musicólogos citados y de algún músico militar, como el capitán A. Mena, hemos recuperado no pocas composiciones de todo tipo y, con ellas, las

⁵⁷ FREIRE LÓPEZ, Ana M.^a: “El conflicto de 1808 en el teatro español”, en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2008), pp.449-472.

⁵⁸ FREIRE LÓPEZ, Ana M.^a: “La Guerra de la Independencia en la novela española del siglo XIX” en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009), 627-646.

⁵⁹ PORTELA SANDOVAL, Francisco: “La Guerra de la Independencia en las artes decorativas”, en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009), pp. 801-841.

⁶⁰ PORTELA SANDOVAL, Francisco José: “Imágenes de una guerra: figuras y relieves”, en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2008), pp. 323-352.

figuras de F. Sors, M. Rodríguez-Ledesma, R. Carnicer, Ferrandiere, Moretti, P. Buenrojo, F. Molla, y muchos más. Pero también de otros autores más tardíos que, a lo largo del Ochocientos y del Novecientos, nos legaron algunas de las páginas más populares de la música española inspiradas en la lucha contra Napoleón como *El Tambor de Granaderos*, *El sitio de Zaragoza*, *Cádiz*, *San Marcial*, etc.

9. LAS HUELLAS DE LA GUERRA

Como no podía ser de otro modo la contienda de 1808 a 1814 dejó como resultado un variado saldo en lo material y en lo espiritual, principalmente en términos demográficos, económicos, ideológicos, culturales, políticos o sociales.

Veamos algunas de las publicaciones más señaladas en la última historiografía, en los principales apartados:

1. La repercusión demográfica de la Guerra de la Independencia

Aún con las dificultades que ofrece la delimitación de este campo, nos parecen interesantes, bien que en diferente medida, las obras de E. Canales, *“Demografía y guerra en España”* (Barcelona, 2004); y de R. Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia* (Barcelona, 2006).

2. Algunas repercusiones económicas

Frente a los tópicos de las grandes destrucciones en nuestras fábricas, llevadas a cabo por los ingleses para evitar posibles e imaginadas competencias y alguna otra curiosa afirmación de semejante calado, las reflexiones sobre el impacto económico de la guerra han ido adquiriendo un mayor rigor. Por lo que respecta a las publicaciones dirigidas al análisis del impacto de la Guerra de la Independencia en la economía española citaríamos algunas ponencias, como las de J. Velarde, M. J. González y L. Prados de la Escosura⁶¹.

3. Las secuelas en la “cultura de la violencia”

La vida y la muerte estuvieron sometidas durante seis años, a una valoración desajustada. No era fácil volver a la “normalidad” en este sentido. La Guerra de la Independencia, expresión sublime del *pathos* romántico, contribuyó a una percepción de los españoles un tanto peculiar. Un fenómeno en el que la literatura europea jugó un notable papel. Trabajos más o menos recientes como los de R. Núñez Florencio, *Sol y sangre: la imagen de España en el mundo* (Madrid, 2001); o el ya citado de J. Álvarez Barrientos, *La Guerra de la Independencia en la cultura española*, nos sirven para asomarnos a esta vertiente, acaso la más trascendental, de aquella guerra.

⁶¹ Ver VELARDE, J. :“El pensamiento económico y la Guerra de la Independencia”; GONZÁLEZ, Manuel Jesús: “Álvaro Flórez Estrada. Un economista en la guerra contra Napoleón” y PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro: “La economía española en la primera mitad del siglo XIX: una perspectiva a largo plazo”, en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2008) pp. 208-230; pp. 231-242; y audio guía, respectivamente.

4. Las dos Españas (¿o más?)

Seguramente este lugar común sea uno de los que más referencias ha concitado. En 1814 se perfilaban como herencia política de la guerra, dos Españas, difícilmente reconciliables, la liberal y la tradicional. Liberales y serviles dispuestos a mantener la guerra ahora en un frente interior, de contienda civil. Verdad parcial, esta visión dicotómica, se ha arropado demasiado tiempo en bondades y maldades, maniqueamente asignadas. Pero cabría hablar, seguramente, de otras realidades sociopolíticas.

En este sentido, como además suena bien, se ha puesto el punto de mira, por parte de algunos, en una hipotética tercera España, la de los afrancesados. En ella tendría asiento la nómina de los perdedores. Sin embargo, ni las dos, ni las tres, ni otras muchas Españas, coexistentes entonces, resultan comprensibles sin atender a la dimensión completa, no sólo lógica e ideológica, de lo sucedido.

En este posible análisis la reciente historiografía ha pasado más bien por encima o ha recorrido, casi siempre, los viejos caminos. Esperamos que, en los próximos años, se produzcan nuevos enfoques, teóricos y metodológicos, a partir, entre otros referentes, de la evocación de la obra gaditana; su génesis, culminación e influencia inmediata en la sociedad española.

5. Los desastres del patrimonio artístico

Durante mucho tiempo han venido siendo también habituales las referencias, casi siempre indeterminadas, al enorme impacto negativo que la contienda de 1808-1814 acarreó sobre el patrimonio artístico, documental y bibliográfico de nuestro país. La historiografía reciente nos ha permitido ciertos avances en este no fácil terreno de investigación. Los trabajos de la prof.^a M.^a A. Castillo de Olivares son una buena muestra de este quehacer, desde su ya más lejana tesis doctoral sobre *José Bonaparte y el patrimonio artístico de los conventos madrileños* (UCM, 1985), hasta hoy, en un prolongado e interesante esfuerzo. Otro de los trabajos aparecido hace pocos años que resulta particularmente significativo, en especial por sus pretensiones de síntesis general, en esta materia, dentro del periodo que nos ocupa, es el libro de F. Fernández Pardo, *Dispersión y destrucción del patrimonio artístico español* (Madrid, 2007), en concreto su tomo I, (1808-1814) *Guerra de la Independencia*. A pesar de su cuestionable redacción y de los vacíos que presenta, amén de lo discutible de sus juicios en determinadas ocasiones resulta un elemento de incuestionable utilidad.

En cualquier caso este tema, junto a su complejidad, ofrece varios obstáculos no fáciles de salvar; acaso el más grave sea la carencia de inventarios previos a 1808. Sin ellos resulta complicado evaluar el verdadero alcance del desastre, en especial en edificios y obras artísticas de todo tipo, no sólo de nivel excepcional. Ciertamente la salida de España de un volumen preocupante de obras de arte (pictóricas sobre todo), por diversos motivos, había comenzado en décadas anteriores a la invasión napoleónica. Los intentos para comprar algunos cuadros de autores importantes, y otros objetos artísticos, se intensificaron en los primeros años del Ocho-

cientos. Pero fue con el inicio de la contienda armada, cuando la presencia de merca-
deros dedicados a este negocio se incrementó de forma extraordinaria.

Así pues, además de los desmanes provocados por las actuaciones destructoras (incendios, voladuras, bombardeos, ...), propias de toda guerra, llevadas a cabo en el curso de los combates, o al margen de ellos, los combatientes de los distintos ejércitos enfrentados, desde los generales a los soldados, tanto los que formaron bajo las banderas imperiales, como los que lo hicieron en el bando de los “patriotas” y sus aliados, aunque principalmente aquéllos, se apropiaron de cuanto pudieron atendiendo a la gran demanda existente. No sólo de los bienes (alimentos, ropas, calzado, ... etc.) que les permitieran sobrevivir, sino también del dinero y de todo aquello que tuviera algún valor y resultase relativamente fácil de vender pasó a formar parte del saqueo generalizado. En tales circunstancias instituciones y particulares se vieron sometidos, en muchos casos, a verdaderos expolios; en especial la Iglesia, cuyas propiedades sufrieron una drástica merma durante aquellos años.

Otros países europeos habían experimentado con anterioridad la acción depredadora del ejército bonapartista. La propaganda inglesa resaltaba esta circunstancia. Como es sabido, en 1808, se tradujo y publicó en España el folleto titulado “Cartas a Arturo” o el “Inventario de los robos hechos por los franceses en los países que han invadido sus ejércitos”. Aquella “advertencia” se vería pronto confirmada por los hechos. No serían los únicos. Menos condenada, en principio, pero no menor fue la actuación de los demás combatientes; en especial la del propio Wellington, al que Fernando VII dispuso graciosamente de la devolución del conjunto de obras de arte “reunidas” por el Generalísimo británico y llevadas a su país. Bienes muebles (cuadros, imágenes, libros, alhajas, vasos sagrados, ...) e inmuebles, (edificios civiles de toda clase, y religiosos: iglesias, ermitas, monasterios, conventos, ...) padecieron la barbarie y la codicia, aunque en diferente medida, desapareciendo para siempre o pasando a manos de nuevos propietarios públicos o privados.

9.1. De calles a plazas y de fortalezas a ruinas

Por diversos motivos, más o menos encomiables en ciertas ocasiones, como los proyectos josefinos de reforma urbanística, o absolutamente despreciables, caso del peor vandalismo de las tropas; desgraciados, por ejemplo, la consecución de determinados objetivos militares; o condenables, como la codicia, en otras; lo evidente es que el patrimonio arquitectónico sufrió un fuerte quebranto, en la etapa que nos ocupa; empezando por el de la capital de la monarquía española. Una especie de escaparate para presentar los beneficios de los nuevos tiempos.

Los planes de José I para construir grandes espacios públicos en Madrid; la actuación de Juan Antonio Llorente, en sus funciones de Director General de Bienes Nacionales; o los trabajos del arquitecto Silvestre Pérez, y de varios más, entre ellos Juan de Villanueva, Juan Antonio Cuervo, etc., estaban inspirados, sin duda, por el propósito laudable de transformar la Villa y Corte en una ciudad “moderna”, pero su coste resultó enormemente elevado. Aunque en principio, sólo se arrasaron unos po-

cos de los 68 conventos existentes⁶² (Santa Catalina, Santa Ana, Santa Clara, San Gil y los Mostenses) pronto deberían seguir la misma suerte, según un R.D. de 1809, las iglesias de San Miguel, Santa María, San Juan, San Ildefonso (reconstruido), San Martín (reconstruido) y Santiago (reedificada) pero sólo se vieron afectadas algunas de ellas.

Menos encomiables fueron los intereses que condujeron a otros desastres de la misma naturaleza⁶³. O que afectaron a hospitales como Jesús Nazareno o el de la Pasión. Otros espacios experimentaron notables cambios y no pocos daños, como el Retiro, gravemente deforestado, o el Prado⁶⁴. En el caso del primero, convertido en ciudadela militar, queda en la memoria colectiva como paradigma de las destrucciones padecidas, el de la Fábrica de Loza (la China), que había sido construida a instancias de M.^a Amalia de Sajonia⁶⁵. Fue volada por orden del general británico Hill al producirse la retirada de los ingleses a finales de octubre de 1812. En lo concerniente al segundo, habría que destacar los daños perpetrados en el edificio de Villanueva⁶⁶.

Pero no fue sólo en Madrid donde se llevó a cabo la demolición de edificios, más o menos, notables; también en Valencia, Sevilla, Zaragoza, etc., y otras ciudades se procedió de misma forma. Por otras causas se produjeron daños graves, en general, en la inmensa mayoría de las principales localidades españolas y en muchas otras poblaciones menores. En el apartado de daños “justificables por las necesidades militares” la catástrofe alcanzó sobre todo a las plazas sitiadas y asaltadas, casos emblemáticos de Zaragoza y Gerona a los que se sumarian Córdoba, Badajoz, Astorga, Ciudad Rodrigo, Salamanca, San Sebastián, ... Pero no escaparon muchos edificios notables de otras ciudades, como Toledo⁶⁷, Oviedo, ...

⁶² GEA ORTIGAS, M.^a Isabel: *El Madrid desaparecido...* Madrid, La Librería 1992. Sólo en las inmediaciones del Palacio de Oriente, los conventos de San Gil y Santa Clara, la parroquia de San Juan, el edificio de la Biblioteca Real, el Tesoro, Casa de Oficios, Casa de la Cadena, ... etc., desaparecieron víctimas de la piqueta. También fueron derribados o sufrieron daños importantes, en aras de una mejor estética, mayor seguridad o funcionalidad vial los templos madrileños de Santa Catalina, San Martín, Santa Bárbara, San Miguel de los Octotes, San Bernardino, San Norberto, el de los Afligidos, San Miguel de los Navarros, San Ildefonso, Jesús de Medinaceli, ...

⁶³ TORMO, Elías: *Las iglesias del antiguo Madrid*. Madrid, Instituto de España, 1979. Así, entre otros, el convento de Santo Domingo el Real o el Seminario de Nobles recibieron graves daños al ser utilizados como cuarteles por las tropas francesas.

⁶⁴ LOPEZOSA, Concepción: “Nuevos usos para el Prado y el Retiro durante la ocupación francesa: de sitios de recreo a recintos fortificados” en DIEGO GARCÍA, Emilio de, *op cit.*, (2009) (CD: comunicaciones). El plano del Servicio Geográfico del Ejército denominado “El Retiro y las fortificaciones que hicieron los franceses entre 1808 y 1813” constituye una buena fuente para seguir las transformaciones experimentadas en ese lugar.

⁶⁵ La reina M.^a Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III, hizo venir desde su país, donde esta manufactura gozaba de extraordinario prestigio, a los Scheppers, químicos alemanes expertos en la elaboración de la porcelana.

⁶⁶ Ver MONLEÓN GAVILANES, Pedro: *Proyectos y obras para el Museo del Prado. Fuentes documentales para el estudio de su historia*. Madrid, Museo del Prado, 1996.

⁶⁷ PARRO, Sixto Ramón: *Toledo en la mano*, Toledo, Imprenta y librería de Severiano López Fando, 1857. Tomo II. En la ciudad imperial fueron particularmente graves los daños infringidos por las tropas de Víctor, en 1809, al convento de San Juan de los Reyes.

Al margen de los edificios religiosos o palacios, también un buen número de fortificaciones, de innegable valor arquitectónico, resultaron total o parcialmente destruidas desde el Fuerte de la Concepción, en Aldea del Obispo, a pocos kilómetros de Almeida y Ciudad Rodrigo, hasta el recinto de la Alhambra o el castillo de Monjuich; sin olvidarnos del de Burgos, el de Simancas, el de San Felipe, en Gerona, el de la Seo de Urgell, el de Castelfullit, el de Mora, ... y tantos más que harían esta relación demasiado extensa.

9. 2. Cambio de manos

El patrimonio artístico se vio reducido además por otros motivos relacionados directamente con la guerra. Las circunstancias excepcionales provocadas por el conflicto dieron pie a la venta, más o menos forzada, de numerosas obras de arte, a precios extraordinariamente bajos, muchas de las cuales fueron adquiridas por compradores extranjeros, saliendo así de España. Entre los vendedores, la mayoría pertenecían, lógicamente, a la nobleza y al clero. Como señala Fernández Pardo, en el trabajo del que ya hemos hecho mención⁶⁸, el mismo Murat y sus acólitos no tardarían en disponer a su antojo de parte de las joyas de la Corona, de la Galería de pinturas del Palacio de Buenavista, de algún cuadro del Palacio Real, como *Escuela de amor*, de Correggio, ... y de otros tesoros. Una actividad que tomó ribetes escandalosos, y a la que se opusieron varios personajes españoles, como Pedro Ceballos, sin demasiado éxito.

También importantes fueron los daños causados en archivos y bibliotecas. Sin duda entre los principales destrozos habría que considerar los provocados en las bibliotecas de los numerosos conventos y monasterios suprimidos y, en muchos casos, arrasados. Algo semejante ocurrió en no pocos establecimientos emblemáticos, tales como el Archivo General de la Corona de Aragón, la Biblioteca Real, la del monasterio de El Escorial ... etc. Al igual que en otros apartados del tesoro artístico también los desastres afectaron, prácticamente, a toda España, (Oviedo, León, Zaragoza, Huesca, Cádiz, Sevilla, Cuenca, Valencia, Burgos, Valladolid, Pamplona, Barcelona, Tarragona, figurarían al frente de una lista inacabable). Alguna estimación global asegura que los desmanes inducidos por la Guerra de la Independencia redujeron el patrimonio bibliográfico a la mitad del que existía en 1808. Según Bartolomé J. Gallardo, "*la que más libros y bibliotecas ha devorado es la guerra contra Napoleón; de dos mil pasan las bibliotecas* –afirmaba– *entre públicas y particulares, desmanteladas y destruidas*"⁶⁹. Los estragos en el patrimonio de varios archivos y bibliotecas privados, por ejemplo, los del duque de Alba y el del conde de Benavente; el del duque del Infantado; la biblioteca del duque de Osuna; etc. fueron muy importantes. Así como la desaparición de valiosos ejemplares bibliográficos pertenecientes a otros destaca-

⁶⁸ FERNÁNDEZ PARDO, Francisco: *Dispersión y destrucción del patrimonio artístico español*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2007, en concreto su tomo I, (1808-1814) *Guerra de la Independencia*.

⁶⁹ Ver GALLARDO, Bartolomé José: *Obras escogidas*. Madrid, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1928.

dos bibliófilos⁷⁰. Con todo, seguramente uno de los fondos documentales más afectados fue el de la Inquisición, cuyos materiales se encuentran hoy dispersos en bibliotecas y colecciones de Francia, Suecia, Reino Unido, Alemania, Estados Unidos, ...

Pero no sólo se buscaran los más preciados ejemplares bibliográficos o los documentos de mayor valía, para apoderarse de ellos por su valor. En múltiples ocasiones, libros y papeles fueron empleados para fines que hoy parecerían absurdos. Así el general Belliard se hizo entregar veintiséis carros de viejos volúmenes y papeles, de los existentes en los depósitos de la Trinidad y el Rosario, con el fin de emplearlos en la preparación de proyectiles de artillería.

Tampoco faltaron en este empeño destructivo algunos españoles quienes, por unas u otras causas, de la ignorancia a la avaricia, contribuyeron al extravío o a la destrucción de libros y papeles. A veces la conducta de algunos funcionarios afrancesados, incluso de los más destacados, como J.A. Llorente estuvo marcada por agudos contrastes. Por un lado contribuyeron a salvaguardar parte del patrimonio y se quejaron de la vesania y la rapacidad de soldados, oficiales, jefes y generales napoleónicos, pero en otras arramblaron con objetos, libros, documentos, etc., que después vendieron en diversas capitales europeas.

No pocos marchantes aprovecharon la ocasión. En esta nómina nos encontraríamos con el pintor inglés Wallis, quien compró los cuadros de Rubens que se guardaban en Loeches y varios lienzos de Velázquez, (un retrato del Conde Duque de Olivares y otro de Felipe IV); de Murillo, (algunos de ellos de la colección de los marqueses de Santiago); Zurbarán; Ribalta; y otros pintores, que envió a Inglaterra en 1809, para L. Buchanam, comerciante en arte establecido en Londres. Algo parecido haría en relación con el financiero Coesvelt, quien acabaría remitiendo a Amsterdam y luego, en parte, a L'Ermitage, ya en 1815, un conjunto de obras de gran calidad. Incluso el embajador de Dinamarca, Burke; lady Detwort, Rose Campbell, William J. Bankes, Rehfués, Louis V. Lebrun, por citar sólo alguno más, participó en este tipo de negocios. Pero también coleccionistas y marchantes españoles aprovecharon la oportunidad, brindada por la guerra, con entusiasmo parecido al de los extranjeros.

9. 3. Algo se recuperó

Los primeros intentos por conocer el alcance del expolio sufrido por el patrimonio artístico español en el curso de la Guerra de la Independencia, resultaron tan tempranos como estériles; sin que los realizados con posterioridad alcanzaran tampoco el éxito esperado⁷¹. Sólo en 1818 se pudieron concluir algunos balances con cierto rigor,

⁷⁰ Ver VINDEL, Francisco: *Los bibliófilos y sus bibliotecas*. Madrid, 1934.

⁷¹ Ver FERNÁNDEZ PARDO, Francisco, *op cit.* pág. 431. Uno de los primeros fue el iniciado por orden de la Regencia, nada más producirse la invasión de Madrid por José I, en mayo de 1813. Fernando VII dictó varias disposiciones (entre ellas, la Real Cédula de 31-VIII-1814 y la R.O. de 2-VI-1814) aquella sobre el reintegro a sus dueños de bienes confiscados por el gobierno intruso. Esta última reclamando al gobierno de Francia la devolución de todos los papeles, pinturas y objetos de Bellas Artes e Historia Natural que se hubieren trasladado a aquel reino durante la dominación francesa. Al efecto debían pedirse a las Secretarías de Despacho correspondientes listas exactas de lo que se llevaron los enemigos del Archi-

como los concernientes a los cuadros desaparecidos del Real Palacio del Retiro de Madrid, del de San Ildefonso y sus Casas de Campo, pertenecientes al Real Patrimonio de S.M.; pero faltaban para su contraste, según dijimos, los inventarios primitivos. Lo mismo ocurriría con las gestiones diplomáticas encomendadas al conde de Fernán-Núñez, embajador de Fernando VII en París, en 1814; y luego a D. Pedro Labrador; aunque Luis XVIII ordenó la devolución a los Grandes de España de los manuscritos y alhajas que les habían pertenecido, que sólo se concretó en una pequeña parte. En 1816 volvieron los lienzos llevados al Louvre y los efectos del Gabinete de Historia Natural, pero no las múltiples obras de arte diseminadas por toda Francia, incluido otros emplazamientos del mismo París. En cuanto a los mejores ejemplares de las pinturas de El Escorial y del Palacio Real de Madrid, sólo regresarían en 1818, tras no pocas arriesgadas peripecias.

De los bienes recuperados, la mayor parte fue gestionada por la Academia de San Fernando que, según el *Diario de Madrid*, procedió a devolvérselos a sus propietarios, tanto corporativos como particulares. Todavía en la primera mitad de la década de 1820 continuaba este proceso.

Idéntica falta de catálogos adecuados se produjo con los libros y otros objetos, recuperados en parte, con lo que no podemos saber exactamente el alcance de las pérdidas. En este caso los fondos escurialenses (24.000 libros impresos y más de 4.600 manuscritos), sufrieron menos de lo que el desbarajuste general hacía temer. Con todo volvieron más o menos dañados numerosos ejemplares notables y muchos códices y manuscritos, árabes y griegos, desaparecieron en los transportes entre los diferentes lugares a los que fueron llevados, tras ser sacados de la biblioteca del monasterio. Peor suerte corrieron los libros de las bibliotecas conventuales y de algunas privadas. Entre estas últimas, las del propio J.A. Llorente y la del poeta Meléndez. Algún “tesoro” como el *Apocalipsis* del Beato de Liébana, sustraído del monasterio de Silos, sería vendido en Londres, en 1840, por el ya ex rey José I.

Por su parte los documentos de Simancas, enviados a Francia por Kellerman permanecieron en París hasta 1816, en que se devolvieron 1.578 legajos. Sin embargo el archivero D. Tomás González denunció la falta de numerosos folios de la relación primitiva, lo que resultaba bastante sospechoso⁷². Desde luego no aparecieron varias arquillas con papeles sobre todo de la época de Felipe II (tratados, ajustes, poderes, capitulaciones matrimoniales y otros documentos relativos a distintas negociaciones con Francia). Mucho más tarde, en 1871 y 1891, las publicaciones hechas en París acerca de los fondos de los archivos nacionales franceses pusieron de manifiesto que allí se encontraban cientos de legajos con los papeles robados en España, entre ellos el testamento de Carlos II, los cuales, como sabemos, fueron devueltos en 1942.

vo de Simancas, de Sevilla, de la Corona de Aragón, de los Palacios Reales, del Monasterio de El Escorial, de catedrales y otras iglesias, como igualmente del Gabinete de Historia Natural y de la Dirección de trabajos hidrográficos.

⁷² *Ibid.*, p. 497. Aquel archivero escribió nota bajo epígrafe “*Papeles que faltan en la remesa hecha este año de 1816 desde Francia al Real Archivo de Simancas*”. En ella advertía que del inventario primero habían desaparecido 486 folios, con lo cual resultaba imposible saber si se habían sustraído papeles.

En general, aunque sólo sea a título de muestra, el expolio del patrimonio artístico de nuestro país puede apreciarse, parcialmente al menos, en muchas de las exposiciones celebradas en varios países en las que figuran obras maestras del arte español.

Tampoco fueron despreciables los daños causados en los elementos ornamentales que, con diferentes funciones, se encontraban en el interior de los templos; en especial retablos, sillerías, imágenes de toda clase, vasos sagrados, vestuario, muebles, ... etc.⁷³ Además del saqueo a que se vieron sometidos muchos edificios religiosos y civiles, su utilización como acuartelamientos acarreó deterioros difícilmente reversibles. Por ejemplo los producidos en los conventos de Nuestra Señora de Atocha, los Agustinos Recoletos, Santa Bárbara, ...⁷⁴.

10. LA HISTORIA LOCAL

Dada la articulación de las motivaciones potencialmente favorecedoras de la investigación histórica, dentro del modelo autonómico, nada tiene de extraño que sea éste, y también el local, el marco frecuente de buen número de los trabajos publicados en los últimos años sobre la guerra frente al invasor francés. Tal es el caso, a modo de ejemplo, de los libros publicados sobre Asturias, Cantabria, Andalucía, Galicia, etc., o acerca de Valladolid, León, Huelva, Valencia, etc., por citar sólo alguno.

Se trata, por lo general de textos que ayudan a mejorar la información pero que, en muchos casos, como ya indicamos, contribuyen menos a la comprensión de la guerra, pues adolecen de enfoques inadecuados.

11. LAS OBRAS DE SÍNTESIS

Acaso sea éste el ámbito más significativo de la historiografía en el Bicentenario de (y sobre la) Guerra de la Independencia. Perspectivas más tradicionales, algunas francamente antiguas, se alternan con planteamientos y métodos más innovadores dentro de un catálogo, relativamente amplio, en el que, salvo las obras de algunos aficionados, con mejor intención que acierto, o de "hispanistas" escasamente hispanizados, se cuentan no pocos libros interesantes y, sobre todo, útiles para algo fundamental, que venimos repitiendo una y mil veces, mejorar la comprensión de la guerra de 1808 a 1814.

Conforme a lo que hemos hecho en otros apartados citaremos, únicamente, algunas publicaciones, todas ellas recomendables aunque de distinto valor. Por ejemplo, entre las de autoría única tendríamos los libros de M. Moreno Alonso, *Napoleón, la aventura de España* (Madrid, 2004); J.M. Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo* (Madrid, 2008); E. Martínez Ruiz, *La Guerra de la Independencia (1808-1814): claves españolas en una crisis europea* (Madrid, 2007); o el que yo mismo he escrito *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814 una historia*

⁷³ Ver CASTILLO-OLIVARES, M^a Dolores Antigüedad del: *José Bonaparte y el patrimonio artístico de los conventos madrileños*. Tesis Doctoral. UCM. 1985.

⁷⁴ *Ibid.*

de la Guerra de la Independencia (Madrid, 2008). Últimamente he publicado dos libros *La Guerra de la Independencia ¿un conflicto sorprendente?* (Madrid, 2010) y *Para entender la derrota de Napoleón en España* (Madrid, 2010), en los que recojo los tratamientos más recientes sobre los aspectos claves de la contienda. Entre los de autoría compartida figurarían, junto a muchas más, la coordinada por A. Moliner, *La Guerra de la Independencia en España* (Barcelona, 2007) o el que firmé conjuntamente con J. Sánchez-Arcilla y yo mismo, *España se alza* (Madrid, 2008).